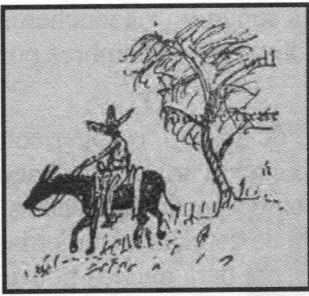


- Ω *Chivarras*: son chaparreras de piel de chivo, de coyote y aun de nutria. Yo tengo un par de éstas últimas con pelo y todo. Son propias para el tiempo de aguas, pues la lluvia cae sobre el pelo y resbala además, en tiempo de frío, abrigan.
- Ω *Armas de agua*: son dos cubiertas de pieles de chivo, con pelo y todo, a manera de delantales, que unidos por medio de una correa en forma de cinturón, cuelgan de la cabeza de la silla, una a cada lado. Sirven para precaver de la lluvia a las piernas del jinete, los estribos y la silla. En uso, se amarran por detrás de la cintura. Cuando se usan en la silla, sin servirse de ellas, van amarradas colgando una a cada lado, delante de las piernas del charro. Son estorbosas para llevar; pero muy necesarias cuando llueve, pues protegen bien de la cintura para abajo. Para suplir las armas de agua, en modo muy aceptable, recomiendo que sobre la cabeza de la silla se embroque una manga de hule. Las partes que cuelgan a cada lado cubren perfectamente bien las piernas y pies del jinete, y hasta la silla. Si lleva el charro, otra manga de hule puesta, queda perfectamente resguardado de la lluvia. También los vaquerillos se usan como armas de agua, por medio de unas correas que parten de los mismos vaquerillos en su parte alta, y se atan a los tientos delanteros de la silla. Las tales armas de agua se suplen eficazmente llevando dos mangas de hule, una de las jineteadas o largas, y la otra de las que se usan apara andar a pie, es decir, corta. Cuando se trata de que el jinete se resguarde de la lluvia, la manga corta se pone sobre el fuste de manera que la cabeza de la silla pase por la bocamanga y colgando la manga de ambos lados cubre perfectamente bien la silla y las piernas y pies del jinete. La manga larga se le pone el caballero y cuelga sobre la otra. Así con las dos quedan bien resguardados el jinete, y los arreos todos.
- Ω *Medias botas*: son unas botitas que llegan hasta media pantorrilla, y los pantalones se usan encima de ellas. Defienden las espinillas al colear, y los pantalones de corte de chaparreras quedan muy bien con ellas.
- Ω *Zapatos*: Son de cuero color bayo, sin punteras ni botones, ni tintas, de una pieza, y con elástico a los lados. Conviene que sean fuertes, con tacones un poco altos y rectos para que la espuela ajuste. Los zapatos de gamuza se ven muy bien, y son por demás cómodos. Algunos charros de la Guardia Vieja, que usan el pantalón conocido con el nombre de "pantalón con corte de chaparrera", usan debajo de él medias botas suaves, en vez de zapatos. Buena es la combinación, pues dichas botitas que van debajo del calzón, protegen del agua, y cómo ya se ha dicho, coleando defienden las espinillas.
- Ω *Botas*: las botas charras tienen la parte del pie igual a la del zapato charro; y luego siguen hacia arriba una parte suave que pliega y se llama fuelle. Cuando se llevan puestas hacen muchas arrugas. Después sigue el tubo de la bota, que es duro y más alto de frente que de atrás. Dichas botas no se vea mal y en tiempo de aguas son convenientes.
- Ω *Espuelas*: se dividen en: cajas, botones, casquillejos, pernos, carretillas y rodajas. Estas últimas pueden ser con espigas o sin ellas. Si la caja termina en rueda, se llama "de oreja", y si no, "de codo". A mi juicio, las rodajas deben ser de seis espigas filosas y puntiagudas; pero sólo las deben llevar así quienes las sepan usar. Las espuelas sirven de ayudas y de castigo. Hacen efecto de

ayudas aplicándolas suavemente a los caballos que no quieren obedecer a la presión de la pierna, y sirven como castigo, cuando se hincan con más fuerza. Deben aplicarse atrás, cerca de la cincha y correrse hacia los ijares para castigar. Para colear es muy conveniente usar las coleadoras, que se diferencian de las comunes o jinetas en el tamaño de la espiga y el de la rodaja, pues las primeras son chicas y las segundas grandes. Hay espuelas con rodajas sin espigas y que en su lugar tienen ruedas. Ellas son más bien adornos, pues de poco sirven. Las espuelas, en lo general, deben ser de unos quinientos gramos cada una. Para jinetear se usan muy pesadas, de rodajas grandes de seis espigas, y hasta con pialeras. Al ir a jinetear se amarran las espigas a cada espuela sujetándolas a los casquillejos, para que las rodajas no den vueltas y el jinete se afiance lo mejor posible. Son taloneras y no taconeras, o lo que es lo mismo se ajustan al talón en vez de al tacón, para que no se safen a los esfuerzos. Las espuelas de los hombres de a caballo, deben ser bravas siempre; las cosquille- ras no les ponen respeto a los caballos, y los hacen rabeosos. Aplicando bien las espuelas bravas, los caballos meten la cola.

- Ω *Correones*: son las correas que sirven para ajustar las espuelas. Se dividen en correones y chapetas, Estas últimas son las que llevan las hebillas. Cuando las espuelas están calzadas, las hebillas deben quedar por dentro.
- Ω *Manilla*: guante de lazar que el charro usa para no rozarse las manos. Los hay con dedales, de funda y de vestir.
- Ω *Dedales*: son los protectores para los dedos y se usan para lazar.
- Ω *Reatas*: son de dos clases, a saber: de ixtle de maguey y de pabilo. Se hacen de tres, de cuatro, de cinco y de seis hilos. Unas y otras comúnmente miden de 14 a 16 brazadas de largo. Las primeras, de cuatro hilos, son las mejores, en tiempo de secas, y las segundas de tres hilos, en tiempo de aguas, pues aquellas con la humedad se ponen durísimas, al grado de no ser útiles, mientras que estas sirven muy bien, sobre todo si están debidamente curadas, porque se hacen casi inalterables a las variaciones de la temperatura.
- Ω *Sogas*: son reatas de cuero, muy útiles en tiempo de aguas. Tanto las de pabilo como las de cuero se chorrean mas de lo que quisiera; pero esto se remedia usando fustes algo degollados.





## **TRANCO III**

El picadero. Primera doma del potro. El cabezón. La gamarra. Para enfrenar caballos. Lección de los lados, Riendas largas. Procedimiento para domar cabalmente a cualquier caballo indómito. El bocado y la cabezada del Prof. Beery.

## **EL PICADERO**

Un picadero, o un corral que haga sus veces, es de todo punto indispensable a quien pretenda amansar, educar y arrendar. Sin él es mucho más difícil lograr ese fin.

Sus dimensiones serán de cuarenta metros de largo, por quince de ancho; y su forma, por consiguiente, la de un paralelogramo rectángulo. La tribuna o palco se colocará en unos de sus lados menores, y quedará en alto, de manera que todo el picadero se pueda ver. Las puertas de comunicación, en los ángulos, porque cuando están al centro de alguno de los lados, además de quedar más aparentes a las querencias de los caballos, es fácil que las piernas de los jinetes rocen en ellas. El piso ha de estar muy bien nivelado y blando. Puede ser de arena lavada. En las ciudades se encuentran picaderos construidos a todo costo, pues para la educación de los caballos, y aún para la instrucción de los jinetes, son muy necesarios. En las haciendas basta un corral de buenas dimensiones, formado por muros de adobe, o cercas de piedras de una altura suficiente para que los caballos no se distraigan con lo que pasa en el exterior, ni pueda ocurrírseles salirse. Un metro ochenta centímetros es buena altura para los nuevos, los que conviene que en vez de estar a plomo, presenten al interior una inclinación, haciendo, con el piso, un ángulo obtuso. Así, las piernas del jinete no quedan expuestas a rozar contra la pared. Si se pueden tener algunos espejos dentro del picadero, será una ventaja par el jinete, si al verse en ellos mira en corregir sus defectos.

## **PRIMERA DOMA DEL POTRO.**

Supongamos que en un corral están juntos algunos potros cerriles y que vamos a elegir a lazar uno para domarlo. El amansador en el centro del corral, y acompañado del número necesario de ayudantes, todos a pie, obligarán a la manada a galopar o a correr alrededor del corral. Cuando una manada se espanta, y emprende vertiginosa carrera, se observa, con harta frecuencia, que unos de los potros sale siempre delante, o puntea, cada vez que arrancan. Pues bien, ese potro debe elegirsele porque el hecho de que lleve la delantera siempre, da indicio de que es el mas ligero y el de mas ley. Así pude comprobarlo una vez que estuve en la hacienda de Tezontlapa, en un corral donde se hallaban como veinte potros salvajes, pues meramente se trataba de que yo eligiera uno para mi silla. Con el objeto de ver bien a los animales que juntos y azorados estaban, les hice espantar de un lado al otro del corral. Arrancaron de estampía; y salió por delante un potro colorado, sangre guinda, cabos negros, lucerillo, de tanta ley y más facultades que, sin vacilar, y por escaparse salto la cerca de piedras del corral, que media algo más de un metro cincuenta centímetros. Pues ya queda dicho que las paredes de los corrales son para que no se salgan los animales. En cuanto me hice cargo de lo ocurrido elegí ese animal y no me equivoque, pues resulto un magnífico caballo y



buen saltador. Le llamaron “El Apenitas”, que eso de poner nombres son nuestros rancheros muy originales. El Traguito, El Cuando, El Pisaquedito, El Quénanday, y otros nombres por el estilo, son comunes entre nuestros vaqueros.

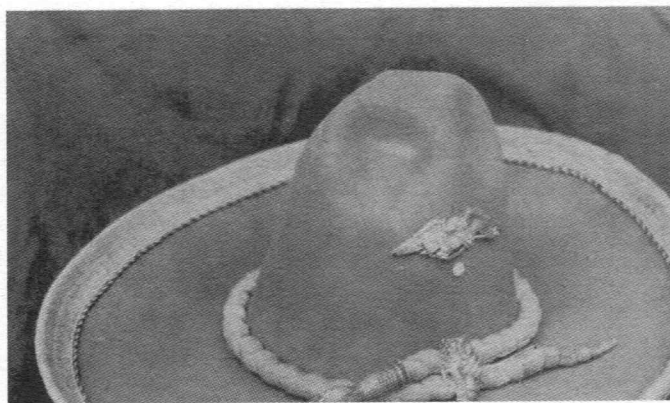
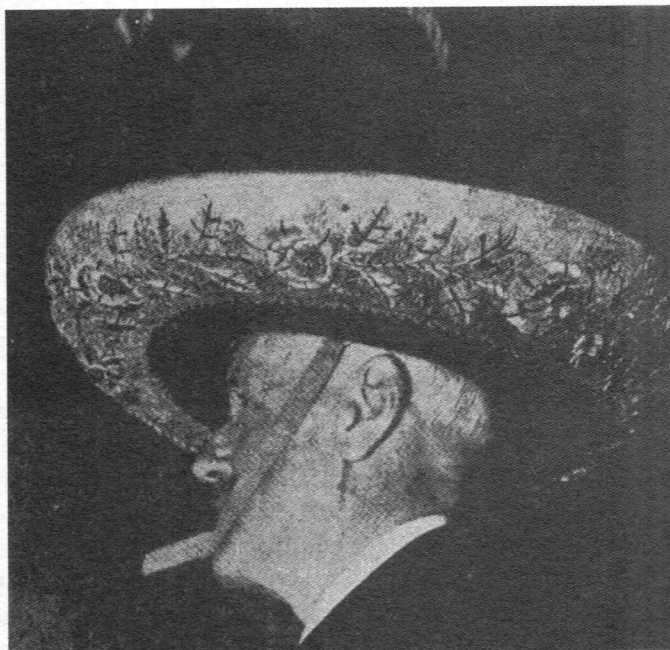
Con los conocimientos que el interesado tenga, puede al cabo de un rato, escoger con acierto; y una vez elegido, se procede a lazarlo del pescuezo, para lo cual el arrendador hace una lazada con el cabestro capitán o la reata; y el sobrante queda tenido por los ayudantes, que pueden ser tres o cuatro. Se espanta la manada de modo que corra de derecha a izquierda, con el propósito de ver los fierros; y se aproxima a la cerca lo suficiente para que los potros puedan desfilar uno por uno; y cuando pase el elegido, lo laza del pescuezo, tirando el lazo conocido entre nosotros por “lazo de azote”. Mecateado el potro da el primer tirón o potrean, pues el arrendador y ayudantes habrán tirado del cabestro, con lo cual obligaron al bruto a dar una vuelta rápida, quedando en dirección contraria a la que lleva. En estas condiciones, uno de los ayudantes lo espanta y el potro emprende la carrera, paralela o a la pared, hasta donde el largo del cabestro lo permita. Allí recibe el segundo tirón, que lo hace volver de nuevo; y otro ayudante, puesto en ese lado, lo espanta a su vez. El potro que da una tercera carrera, recibe otro potrean; y así sucesivamente, se le dan el número de potreones necesarios hasta que reconozca al cabestro. A esto se llama en jerga charra “quebrarle el pescuezo al potro”. Puede ser potreado un animal por una sola persona; pero siempre que sea muy hábil quien estira; pues de lo contrario, puede sacar la ventaja el potro en el tirón, lo que sería fatal, ya que si el animal le gana al que potrea, cobraría la costumbre, y se volverá carretero. Una vez que el potro haya reconocido el cabestro, se va uno acercando, poco a poco, al bruto; y se trata de ponerle la jáquima. Si el potro no lo permitiese, se le derriba echándole un peal.

Cuando esta en el suelo, se detienen las dos manos por medio de una mangana, y ya sujeto de los cuatro remos, el picador se acerca y le ajusta la jáquima, lo que hace, acercándosele por la nuca, y poniéndole la rodilla en el cuello. Se anuda una reata a la rozadera de la jáquima, y se deja que el potro se levante. Si aun no quiere cabestrear, se le dan uno o más potreones, que lo hagan obedecer. Esto pronto se logra, pues el tirón de la rozadera que queda en el barboquejo, es más enérgico que el del cuello. Se hace una nueva tentativa para acercarse al potro, y acariciándolo, se insiste hasta conseguirlo y lograr que se deje conducir por la cuerda, si bien sea de manera imperfecta. Una vez conseguido, se procede a limpiarlo con un ayate, que se le va pasando cuidadosamente entre las manos, patas y por las demás partes del cuerpo, procurando siempre suavidad, hablándole y acariciándolo todo lo más posible, para que adquiera confianza. Después se le lleva a la caballeriza, donde se le deja sin quitarle la jáquima, desprendiendo únicamente la cuerda a fin de que cuando se vuelva por el animal para sacarlo, tan solo se tenga que unir la reata a la rozadera de la jáquima. Cuando el potro se deja acariciar y limpiar, y pueda uno quitarle la jáquima sin que oponga resistencia, será tiempo de ponerle el cabezón.

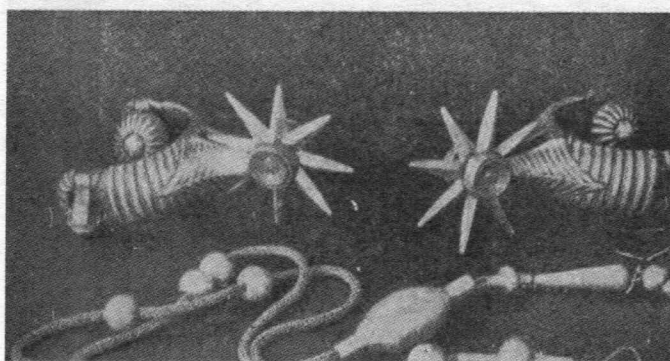
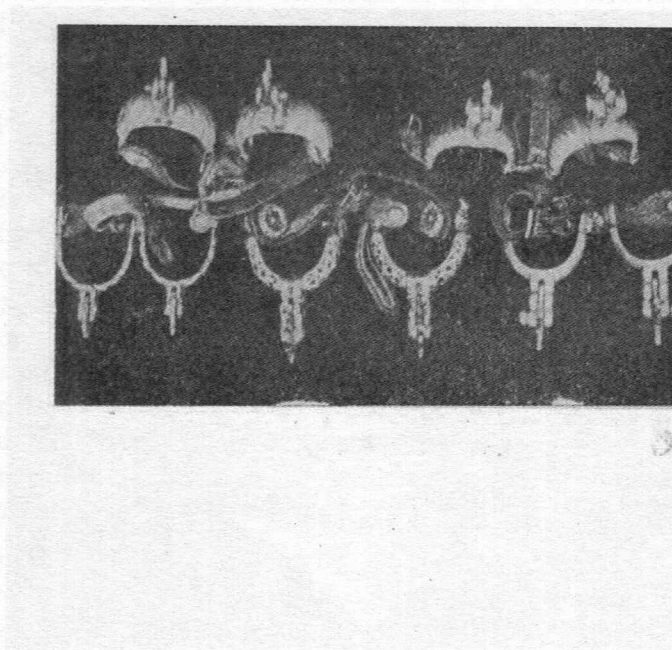


EL LIBRO DEL CHARRO MEXICANO

---



Arriba.- Jarano del Autor.



Arriba.- Espuelas del Autor. 1.- Coleadoras,  
2.- Coleadoras. 3.- Jinetas. 4.- Coleadoras.

Abajo.- Espuelas y riendas.

## EL CABEZÓN

Es una jáquima, como la ya descrita, salvo que en vez de ser de cerda, es toda de cuero; y en lugar de rozadera para atarle la cuerda, tiene una mediacaña de fierro que abarca la nariz; y lleva tres anillas, una en el centro y una a cada lado.

Siendo este instrumento de doma poco o nada usado, hasta ahora, en México, he creído conveniente tomar de la obra de equitación por Don José Hidalgo y Terrón lo que sobre el particular dice, a saber: "Este instrumento es de los más importantes que la equitación conoce desde tiempo inmemorial, y fue siempre de primer necesidad en todas las caballerizas. Donde quiera que exista un caballo debe estar el cabezón. Sirve para la doma de los potros sin que pueda ser reemplazado por nada; se usa para conducir los caballos de mano, dentro y fuera de las poblaciones, aventajando a todos los demás arneses que pudieran emplearse para el servicio. Es conveniente para pasear los caballos montados, cuando los saca un mozo por higiene u otra causa cualquiera, sobre el filete, el bridón, el bocado, etc.; y por último, son tantos sus usos y aplicaciones, que hasta sus más acérrimos detractores no pueden prescindir de utilizarlo en muchas ocasiones y accidentes. En la doma de los potros es de toda necesidad, porque acompañado de la cuerda, es el medio mas eficaz y menos molesto para darles a conocer todos los arreos, reduciéndolos a la más completa obediencia; hacerles recibir el jinete sin exposición de parte de este, ni que el potro pueda adquirir el resabio de defenderse de el a su voluntad. Además, sigue en su educación auxiliando al bribón, y más tarde, a la brida como principal agente, hasta dejar el caballo perfectamente amaestrado en todos los aires y manejos con solo el uso de la rienda, es decir o sea con el bocado únicamente. Decimos que no puede reemplazarse por nada, porque el punto donde se coloca parece destinado por la naturaleza con tal propósito; o cuando menos, que los hombres al estudiar el exterior del caballo para utilizarle sus servicios. Así lo juzgaron; desde luego, es el más adecuado a sufrir las molestias naturales de los trabajos groseros, y se inventó para que, colocado sobre la ternilla, fuese el instrumento apropiado a ellos, destinado a preservar la boca del animal de todo tratamiento brusco, de toda molestia, dejándolo en el pleno estado de su fuerza para recibir el mando del bocado con la suavidad y finura que el arte recomienda y su sensibilidad reclama. Todos los hombres prácticos en la materia saben que en el curso de la doma, y durante la educación del caballo, se presentan resistencias, que para vencerlas suelen dar lugar a luchas, no habiendo a veces mas recurso que emplear la fuerza, comunicada tal vez por medio de algún toque o tirón, si quiera sea involuntario; pero que sucede, no hay que negarlo. Pues bien, este golpe en la nariz da resultados favorables, sin las consecuencias graves que podría tener, si se produjera en la boca. Las mortificaciones y aun las heridas ocasionadas por el cabezón sobre la ternilla de la nariz, por graves que sean, no traen consecuencias en el estado general del caballo, pues se curan, a veces solas, o con un poco de agua fresca; y tan luego como dejan de usarse, desaparecen sin dejar mas que la huella, si han sido graves, que en nada se oponen en lo futuro al buen servicio del caballo, ni a la obediencia del bocado, pues sucede todo lo contrario, en atención a que sirvió de preventivo y poderoso a auxiliar para a ser eficaz los efectos de este.

Los mandos fuertes, los tirones que se transmiten por medio del bocado, el bribón y el filete o la boca del caballo, producen a veces llagas o heridas que causan irritaciones y aun inflamaciones, al punto de impedir la masticación, y aun la deglución de los alimentos, dejando el animal de comer por las molestias que experimenta; y por tanto, privándose de la alimentación precisa para su sustento y nutrición, daño que se hace más o menos conspicuo, según sea la gravedad del mal y el tiempo de su duración, lo que aunque no es frecuente,



suele suceder con estos instrumentos, y nunca con el cabezón. Lo que si es frecuente es que por las mismas causas la boca se endurece, y el caballo pierde la sensibilidad a los efectos del bocado con gran perjuicio para lo porvenir, supuesto que con el se ha de mandar toda su vida, mientras sea destinado al servicio que se quiera.

Todos estos males sobrevienen más fácilmente y con mayor gravedad cuando se hace uso de algunos de los arneses que producen sus efectos en la boca del caballo, si son los mozos de cuadra los encargados de su aplicación, quiere decirse, para la conducción de mano o paseos higiénicos que citamos anteriormente, y que ocurren con frecuencia en todas las caballerizas. Nadie ignora que muchos caballos cuando de van de mano, retozan y juegan con alegría natural; que este servicio está encargado a los palafreneros, que por regla general son hombres de no muy buenos modales, por cuya razón no se les ocurre otro medio de evitar aquéllos juegos, que los toques fuertes o tirones, que usan lo mismo con el bocado que con el filete, o con un sable que llevasen en la mano; esto mismo acontece si los conducen montados, pues frecuentemente se ven con los filetes, que parece se van a rasgar las comisuras con la boca abierta; y el que va encima, tirando bárbaramente, sin comprender lo que puede suceder con aquél tratamiento; y de a.C., el peligro de emplear aquellos instrumentos.

Con el cabezón están precavidos y evitados con seguridad todos los peligros enumerados. Cébase advertir, además, que a la mayor parte de los caballos les pone el respeto más fácilmente un toque de cabezón que los dados con los referidos instrumentos; pruébenlo. Allí las infinitas ocasiones en que se tiene que recurrir a él para dominar cualquier caballo que se hace indiferente a todos los medios de mando, lo mismo en el tiro que en cualquier servicio, siempre con seguro resultado. Son infinitas las razones que se pueden exponer a la consideración y buen criterio del hombre estudioso e imparcial, con las que probarse puede la necesidad del uso del cabezón, superior en todos casos y accidentes al del filete; lo mismo que la aberración en que se encuentran los que lo desechan y vituperan, aunque la mayor parte lo hacen sin conocerlo. Nos ocuparemos ahora en la manera de usarlo. En este punto es donde pueden encontrar pie en qué fundar su argumenta los que hablan o escriben en su contra, porque comúnmente lo emplean mal, y con mucho abuso, la mayor parte de los que lo manejan; y en este caso, corre el cabezón parejas con el bocado, con el filete, con las espuelas y en una palabra, con todos los útiles que son necesarios para la doma y usos del caballo, que todos son malos, si son mal usados. Es frecuente ver a los potros con las narices destrozadas a consecuencia del abuso, de los toques bruscos y desordenados que emplean los malos picadores con el fin de darles obediencia, en el principio de la doma; esto es absurdo, debiendo reprobarse siempre que los nombres que poseen el arte, supuestos que es una mortificación innecesaria, y en ocasiones de malísimas consecuencias. Hemos visto algunos potros, en sintiéndose tan bárbaramente maltratados, tomar toda clase de defensas por librarse de la mortificación que sentían, hasta el extremo de pretender quitárselo a fuerza de manotadas, restregando la cara por la pared del picadero donde tenían lugar estas escenas. También se han dado casos de embestir contra el autor de la agresión sin respetar los medios que este empleara para evitarlo.

En vista de esto insistimos en lo dicho anteriormente respecto a las consecuencias de estos abusos cometidos con el cabezón, y los que se ejecutan con algunos de los instrumentos que obran dentro de la boca, pues si con aquel se origina lo que dejamos referido, con el bocado se ven muchas veces las bocas destrozadas, y llenas de sangre, siendo la consecuencia lógica de su mal uso las empinadas, las caídas de espaldas y otras resistencias análogas, y mucho más graves que las ocasionadas con el cabezón.

El cabezón, que en las escuelas se usa como un medio igual a los demás útiles que se emplean para la educación del caballo, aunque considerado por el arte como de primera necesidad para la doma de los potros españoles y de todos los demás que se críen como estos en el estado salvaje hasta que son amarrados para domarse, requiere una prudencia suma y un tino especial en estos primeros rudimentos, que se hacen más necesarios cuanto es mayor la bravura o esquividad de que se ve dotado el potro. Su uso es en los principios siempre acompañado de la cuerda, y nada más perjudicial que los toques que dan por resultado las heridas en la ternilla de la nariz, por lo que tanto se encarga la suavidad y templanza en los movimientos de aquélla.

A pesar de todos los cuidados y recomendaciones hechas anteriormente, no deja de presentarse alguna ocasión en que es preciso castigar y herir con el cabezón, bien por presentarse algún potro resabiado o consentido de antemano, bien por ser de carácter extremadamente discoló; pero este castigo debe ser sin ensañamiento, y procurando disminuirlo y aun cambiarlo después por la templanza y halagos constantes en el punto que se consiguió reducirlo a la obediencia. Si el potro es fino de piel o delicado de la ternilla, se podrá forrar la media caña con un trozo de gamuza o badana, valiéndose también de este recurso para curarle alguna lesión que haya podido causarle en cualquiera de los accidentes que ocurren con los potros la primera vez que se sienten detenidos por él o encerrados en el picadero para hacerlos sufrir los arreos, pues en algunos suele ser inevitable que se señalen en algo.

En resumen, vituperan el cabezón los que no lo conocen lo hacen censurable los que abusan haciendo de él un uso exagerado y cruel; y por último, lo aprecian todos los hombres entendidos que practican el arte, encomiándolo hasta donde puedan dar lugar los favorables resultados que se obtienen siempre que está manejado con inteligencia. Para concluir, y entrenando en otro género de consideraciones, falta advertir que nuestros potros, por el estado salvaje en que se crían, se hace mucho más necesario el cabezón, porque se encuentran muchos que en los principios de su doma se hace de todo punto imposible introducirles en la boca ningún instrumento de los inventados con este fin. Se doman varios que presentan también grandes dificultades, aún para entregar la cabeza y admitir el cabezón. De la finura y cuidados que debe tener el jinete al usarlo tanto solo como llevándolo de auxiliar con el bibrón o con el bocado, así como de todos sus detalles, nos ocuparemos en la doma del potro.

Es preferible el cabezón de media caña, es decir, hueco, al macizo o de lima, porque este, que manda menos, mortifica y proporciona contusiones y rozaduras más incómodas que las ocasionadas por el otro.

En el momento que se ha logrado colocarle al potro el cabezón, y la cuerda se ha sujetado a la anilla central, se saca el animal de la cuadra, llevándolo al picadero o corral. El amansador guarda la cuerda en una mano, y el chicote en la otra; y va dando libertad al bruto hasta que quede a distancia conveniente. Entonces, por medio del látigo o de algún ayudante, si fuere necesario, le obliga a caminar en círculo, al trote, primero en un sentido, y luego en otro.

La mano derecha es la que comúnmente maneja la cuerda; y es preciso que el que se sirve de ella la tenga buena y sepa usarla. Por medio de sus movimientos se contiene, se eleva, se determina, se pliega el cuello, y se castiga al potro. Se le contiene cuando por medio de la muñeca, moviendo la mano rápidamente de derecha a izquierda, se culebrea la cuerda. Se eleva o se levanta la cabeza dando toques de abajo a arriba oblicuamente. Lo determina y echa fuera, dando un toque para adelante. Pliega por medio de toquecillos suaves y consecutivos, que se dan con dirección al cuerpo del que maneja. Castiga dando toques más o menos



fuertes de modo que hagan su efecto en la mediacaña del cabezón, el que, a su vez, lo hace sobre la ternilla de la nariz. Todo el brazo se interesa en estos movimientos, y debe hacerlo con gran soltura. El de contener, para el potro demasiado sensible. El de elevar, para el que para sobre los remos anteriores. El de castigo, para el duro de ternilla, y que se resiste a parar. La inclinación del cuerpo del hombre juega un papel importantísimo, pues anteponiéndose o adelantándose de modo que el Angulo que forma la cuerda con el caballo resulte mas o menos obtuso, se contiene y se para. Dando un paso o dos hacia el animal se le echa fuera, y se reduce el círculo. Con los mismos pasos, pero oblicuos, y a retaguardia, o como quien dice, hacia la cadera, formando Angulo agudo, se echa adelante, y se anima al potro. Solamente después de una gran práctica se puede emplear la cuerda con el cabezón de manera satisfactoria. De ellos, con habilidad, se logran excelentes resultados, pero de su uso indebido se resabian los caballos.

Tan pronto como se haya logrado que el potro camine en círculo, al tranco, a derecha e izquierda, haciendo los cambios de mano por los medios indicados, se le acercará el amansador, le acariciará, lo llevará a que lo limpien; después de lo cual se le pasará a la cuadra. Dos veces al día recibirá lecciones análogas, sin que en ninguna de ellas se llegue al cansancio, pues insisto en que no se debe conseguir dominio sobre los caballos por agotamiento ni por hambre. Hay que tener paciencia, no violentar el trabajo de la doma, y no pasar a enseñar nada nuevo, sino hasta que el animal se amaestre en lo que se le esta enseñando. Cuando el caballo ya no tiene miedo al hombre, y respeta el cabezón, se le hace trabajar en círculo al paso, al trote y al galope, de derecha a izquierda. Cuando haga lo dicho con facilidad y buena voluntad, se le lleva cerca de la pared a que reciba la primera lección de ayudas. Estando el potro en la pista recta, con la mano derecha se toma la cuerda a unos quince centímetros de la anilla, teniendo el sobrante debidamente arrollado en la mano izquierda, que llevará también la vara, y con ella, estando el bruto parado, se le dan golpecitos en las costillas, tirando de la cuerda hacia delante para hacerle avanzar al paso, pues de lo que se trata es de irlo preparando a que conozca las ayudas. Cuando al darle uno o más golpecitos en la forma indicada, avanza el potro, se le acaricia, y se repite la lección el número de veces que sea necesario. Para pararle, se le aplica la vara un poco atrás del sitio en que más tarde irá la cincha, haciendo presión con ella, y dando la voz de mando ¡oh!; y al mismo tiempo se le detiene con la cuerda, y en cuanto haya obedecido, se le acaricia. Esta lección de salir al paso y hacer alto, se repite a mañana y tarde, y cada después del trabajo en círculo, hasta que el potro camine y pare al sentir las ayudas correspondientes. Se tendrá mucho cuidado de no exigir demasiado cada vez, y de que no se maltrate al animal. Por regla general, las lecciones han de ser cortas y frecuentes. La siguiente lección será la de recular, que se dará poniéndose al arrendador junto al potro con la vara en alto, y la cuerda en la mano izquierda. Se le dan al potro tirones moderados con la cuerda, y hacia abajo y hacia atrás, mientras se le amenaza con la vara sin llegar a pegarle, y acariciándole a la menor demostración de obediencia. También estando el potro paralelo a la pared, el amansador con la cuerda en la mano izquierda, dando al caballo ligeros toques hacia atrás, con la cuerda, al mismo tiempo irá tocando al caballo en el anca derecha, a fin de que levante la pata derecha, y en el anca izquierda para que levante la pata izquierda; y así sucesivamente seguirá dando toques con la vara a cada lado de las ancas, tocando cada vez que la pata correspondiente pise tierra. El amansador se conformará con que dé unos cuantos pasos al principio, acariciándole siempre después de una demostración de obediencia, y continuará en la misma forma todos los días hasta que recule fácilmente y en línea recta.



De este trabajo se pasa al de la rotación de grupa o derecha e izquierda. Para ello se apostea al amansador frente al potro, con la cuerda en la mano izquierda, y en la vara derecha. Teniendo la cabeza quieta, se le dan golpecitos en el vientre, sobre el lado del montar, hasta que el potro dé uno o dos pasos con las patas, huyendo de la aplicación de la vara. Así se procede de los dos lados para que haga las rotaciones a uno y a otro lado a las menores indicaciones.

Se podrá entonces proceder a ensillar el potro, el que se lleva de la cuerda al corral. Aquí se le coloca cerca del muro, de modo que le tenga a su derecha y la otra pared enfrente, supuesto que por el lado izquierdo se le acerca para ensillarle. Si se dispone de una cuadra bien acondicionada, dentro de ella se procederá. Es muy conveniente estarle dando al potro manojitos de alfalfa u hojas de lechuga, lo que más le agrade, mientras otra persona lo está ensillando o haciendo cualquier cosa, pues ahí el animal se distrae y no se defiende. No se deben perder de vista las orejas del animal, pues sabido es que con ellas indica sus intenciones, y no hay que confiarse hasta que se convenza uno de que las mueve indistintamente, pues cuando las inclina para atrás demuestra que quiere morder o patear. Si las mueve de atrás adelante, una primera y otra después, denota impaciencia. La colocación de la silla debe hacerla un ayudante entendido y práctico en eso de ensillar. Antes de ponerle ésta se le coloca la mantilla, con la cual se le acercarán por delante enseñándola, después de acariciarlo y hablarle, frotándole el lomo con ella, poco a poco se le coloca encima de la cruz, cargada al cuello, y de allí se le va bajando hasta el lugar que deberá ocupar cuando se vaya a ensillar. El primer día, y aún muchos después, se emplean en este trabajo, sin pasar o ponerle la silla, hasta que el animal esté del todo familiarizado con la mantilla, la cual se sujetará con una cincha. Con el cabezón y con la mantilla se saca el potro a pasear los días que sean necesarios. Al poner la silla se procede como se hizo para colocar la mantilla. El animal tendrá puesto el cabezón, del cual cuelga la cuerda colocada en la mantilla central. Quien tenga al potro estará fuera de la cuadra y quien vaya a ensillar, estará dentro.

Al poner la silla, el que tiene la cuerda da manojitos de alfalfa al bruto, mientras el de adentro coloca la silla nuevamente en el lomo de la bestia, teniendo cuidado de que las arciones y la cincha no cuelguen, sino que vayan cruzadas sobre el fuste. Se le quita y vuelve a poner la montura las veces que sean necesarias, sin alarmar al potro, y así que se familiariza del todo con ella, se le van bajando poco a poco los estribos y la cincha. Esta última se toma con mucho cuidado y se va cinchando poco a poco y con mucho tino, ya que no todos los potros ofrecen las mismas resistencias, pues mientras los hay que aprenden en una lección cada cosa, otros necesitan varias. El amansador, durante todo el tiempo que transcurra para llevar a cabo lo dicho, está pendiente del potro, y con la cuerda le impide avanzar o retroceder. Cuando el potro se deja ensillar y permite que se le apriete la cincha, se le vuelve de nuevo a los trabajos con la cuerda y la silla puesta; pero no se le monta sino hasta que está del todo habituado a la silla; que trabaja con ella al paso, al trote, al galope, reula, etc., y se le ha puesto la anquera como se le puso la silla. Así se consigue que cuando el jinete proceda a montar, la bestia no presente la menor resistencia, y se evita que repare, cosa necesarísima, a la que no se le ha dado la debida importancia en México, en donde, por regla general, tanto por lo bien que nuestros charros se tienen a caballo, como por ir demasiado aprisa en la doma, o por ignorancia, se montan los potros mucho antes del tiempo debido, y se maltratan; naturalmente, resulta que raro es el potro que, cuando se le monta, no se pone hecho una fiera.

En este periodo de la doma viene de perlas usar las riendas largas, que describiré más adelante. Cuando el potro trabaja bien con la cuerda y con las riendas largas, habrá llegado el

momento de montarle, para lo cual el jinete, sin espuelas, se acerca al potro, que debe estar colocado cerca de los muros o dentro de la caballeriza, como cuando se le ponía la silla por primera vez. El amansador le tiene de la cuerda; el jinete se aproxima y le pone la falsa rienda de la anilla lateral del cabezón, ajustando el largo de manera que llegue hasta la teja de la silla. Teniendo la cabeza del potro algo levantada, el que va a montar lo acaricia, y tomando la falsa rienda y un buen puñado de crines, mete el pie izquierdo en el estribo, y tomando la argolla del enreatado del lado de la garrocha, con el brazo por encima del fuste, entre la cabeza y la teja, hace como si fuera a montar, sin terminar el movimiento. Quien tiene la cuerda está dando manojitos de alfalfa al animal y haciéndole cariños. En cuanto el potro lo permita sin defenderse, el jinete se alza sobre el estribo; y después vuelve a tierra, repitiendo el movimiento, con mucho tiento varias veces. En seguida, se alza y queda un momento parado sobre el estribo; y si el potro permanece tranquilo, le pasa la pierna derecha sobre la grupa, sin doblar la rodilla, y sin tocarle; y se sienta sobre el fuste con suavidad, tras de lo cual mete el pie derecho en el estribo; y permanece unos instantes haciéndole cariños al potro, que estará muy entretenido tomando sus bocaditos de alfalfa o sus hojitas de lechuga. Transcurrido un rato, se apea, y entonces termina esta lección, pues no se saca al caballo sino hasta que ha recibido al jinete varias veces sin defenderse y después de que le han montado y desmontado por los dos lados. Cuando esto se consigue, se pasa a enseñar al animal el movimiento hacia delante. Para ello, sin que el amansador suelte la cuerda, el jinete habla al potro, inclinando el cuerpo adelante, le ciñe las piernas; y si ya el potro sale sin dificultad al paso, da unas vueltas y paulatinamente va haciendo uso de la falsa rienda, para parar, volver, recular, etc., a lo cual el potro se va prestando debido a las lecciones recibidas con las riendas largas, la vara, etc. Cuando el potro camina con confianza en el corral, se le saca fuera. Para esto el amansador estará montado en un caballo de entera confianza, maestro y muy quieto, al que se le llama "madrina". Desde él lleva la cuerda pendiente de la orilla central de la mediacaña, y tiene al potro, con jinete encima, a su derecha. Así sale a dar un paseo por sitios poco frecuentados, y al paso. Después se le lleva al corral; y allí sin madrina, se le pasea y se le va haciendo trabajar al trote y al galope, aplicándole las ayudas hasta que llegue a parar, volver, recular, etc. Y a entonces se le pone con gran cuidado un freno muy suave sin cadenillas de barbada ni cabestrillos, el que en adelante llevará con el cabezón para que, cuando llegue la época en que se empieza a hacer uso del freno, el potro esté ya habituado a él. Se continua la educación tal y como la siguen nuestros buenos arrendadores en México, es decir, ejercitando al animal gradualmente en vueltas sobre uno y otro lado, en parar con rapidez y suavidad, en recular, etc.; pero sirviéndose del cabezón o del bozal y falsa rienda hasta lazar, colear, arrancar, parar en firme y hacer todo lo que fuere necesario. Nuestro bozal con falsa rienda suple bastante bien al cabezón; pero usando unas veces el bozal y otras el cabezón, según se crea necesario, se logran excelentes resultados. En España y Portugal, en donde se hallan caballos perfectamente arrendados, no se usa el bozal con la falsa rienda, sino tan solo el cabezón. Aquí no se ha usado, y yo sugiero la idea de que los arrendadores se sirvan de ambas cosas. Siempre que el charro use las dos riendas tendrá cuidado de que la falsa quede afuera y la rienda del freno adentro, pues la falsa rienda es rienda de abertura. Para enseñar a los potros a tranquear largo, es bueno andarlos en los barbechos, cruzando los surcos diagonalmente. Para evitar que las caballerías paren sobre las manos, se les corre cuesta abajo para que al parar repentinamente resbalen sobre las corvas, o "rayen".

Al tiempo de llamarlos por medio de un golpe de riendas, habrá que echar el cuerpo atrás y correr las piernas junto a la cincha, dando la voz de mando; oh! Se hace uso de una pendiente más fuerte para enseñar a los caballos a cejar, haciéndoles andar para atrás cuesta



abajo, dando llamadas sucesivas y graduales de la rienda, sin dejar de aplicar las ayudas oportunas, que en éste caso serán las piernas atrás con alternación, de modo que al sentir la presión de cada pierna levante la pata que corresponda. Cuando el potro obedezca perfectamente a la falsa, se le pondrán al freno cabestrillos y riendas; y se empezará a hacer uso de él junto con la falsa, cambiando el bozal según lo necesite el animal. Este sistema, netamente español en cuanto al cabezón, es el que emplean los picadores cordobeses y andaluces. Por medio de él sacan caballos admirables para faenas parecidas a las nuestras, como son las de derribar, rejonear, banderillar. Fácilmente se entenderá que caballos cabalmente útiles para tales ejercicios, tendrán que serlo igualmente para los maestros.

Por este procedimiento, los potros no llegan a reparar, y su educación progresiva, y no rigurosa, los hace dóciles y mansos.

Debo advertir que los potros de dos riendas se deben manejar con las dos manos. Es decir, que se vuelven sobre el lado del montar con la mano izquierda, y sobre el lado de la lanza con la derecha, para que queden parejos de uno y otro lado; y si un caballo se negara a dar un lado, vuélvase frecuentemente al lado bueno, y ahí cederá. Cuando se azote un caballo al darle los lados, para que ejecute los movimientos con mayor rapidez, se hará adelante, sobre la paletilla del lado del montar, para hacerle volver sobre el lado de la garrocha; y al otro lado, en la misma forma, para que vuelva sobre el lado del montar. Si se azotare detrás, se hará lo contrario, pues se aplicará el azote del lado del montar para que de ese lado huya del castigo y la vuelta se efectúe al otro lado y viceversa. Téngase presente que los potros sufren cuando estén mudando y no tienen, por lo mismo, buena voluntad para servir. De ahí que de los seis años para arriba es cuando se ponen en verdad buenos.

Hay otro procedimiento mucho más rápido y eficaz que me enseñó Don Enrique Estrada, habilísimo arrendador y no lo explico en este libro porque está en un librito especial que he escrito y que tú lector amigo harás bien en adquirirlo.

## LA GAMARRA

Es una correa como de un metro cuarenta centímetros de largo, con dos hebrillas y dos francaletes una en cada una de sus extremidades, que parte desde la cincha, pasa por entre los brazos y adentro del gargantón, y llega al bozal, al cual se afianza por la parte inferior. Se usa para asegurar la cabeza del caballo, y evitar el picoteo o gorbeteo. Es muy útil para arrendar caballos y componerlos, sobre todo cuando va acompañada de un bozal duro de reata o del cabezón, sin que quede el bozal apretado, sino con una amplitud como de una pulgada. Son mas charras las gamarras de cabestro. Se unen a la cincha por medio de una gasa de vaqueta, y al bozal con un nudo. No recomiendo los de correa, pues cuando un caballo lleva gamarra de correa y levanta el pico rápidamente, el choque es muy duro; y además se suele reventar, y si tal ocurre en plena carrera, llegan los caballos a reparar. La de cerda de crin es la mejor, pues como la cerda es elástica, cede como siete u ocho centímetros y vuelve a encoger. Las gamarras se ajustan de manera que el caballo sienta su efecto nada más cuando levante mucho el pico.

La gamarra mejora a cualquier caballo.



## PARA ENFRENAR CABALLOS

Los caballos, en cuanto a las posturas de sus cabezas, se clasifican en tres grupos, a saber:

- 1.- Los que naturalmente colocan bien la cabeza.
- 2.- Los que despapan.
- 3.- Los que encapotan.

Ahora bien, para un caballo que despapa, se necesita un freno que tenga trocillos cortos, y cambas o piernas largas; y para el que encapota, uno de trocillos largos y piernas o cambas cortas. Como entre los tres grupos hay caballos con bocas durísimas, duras, suaves y suavísimas, las barbadas que se usen serán, asimismo, ardientes, rigurosas, suaves o suavísimas, según el caso, y en cuanto a los bocados, varían mucho, pero un caballo bien arrendado trabajará a satisfacción con un bocado muy suave. Mis lectores harán bien en adquirir la obra intitulada: "Nuevo método para embocar caballos, por Don Juan Segundo", pues ella enseña mucho a este respecto.

Ω *Tornear*: Cuando el caballo esté de rienda, para afinarlo, se le dan, o se le deben dar todos los días, los ejercicios llamados de "tornear", que consiste en darle vueltas, al paso, en círculos cortos, primero a un lado, muchas veces seguidas, y después al otro; pero teniendo cuidado de que la darle las vueltas sobre el lado del montar, se haga llevando la rienda con la mano izquierda, alta y liviana, como a media tabla; y cuando se está torneando el caballo en círculos, hacia el lado de la garrocha, entonces se mandará llevando la rienda con la mano derecha. Durante las vueltas se apurará el caballo impulsándolo con las piernas, y deteniéndolo con las riendas de tal manera que el animal ande aprisa en círculo, pero sin trotar ni galopar, y si meta los corvejones y dé el hocico. El trabajo se ejecuta durante unos tres minutos a cada lado, y una vez al día. Al poco tiempo, el jinete advertirá los magníficos resultados que se logran.

Para soltar a los potros de rienda, este ejercicio es precioso.

Debo este consejo a mi charro y difunto amigo, que santa gloria haya, Don Manuel Morales.

## LECCIÓN DE LOS LADOS

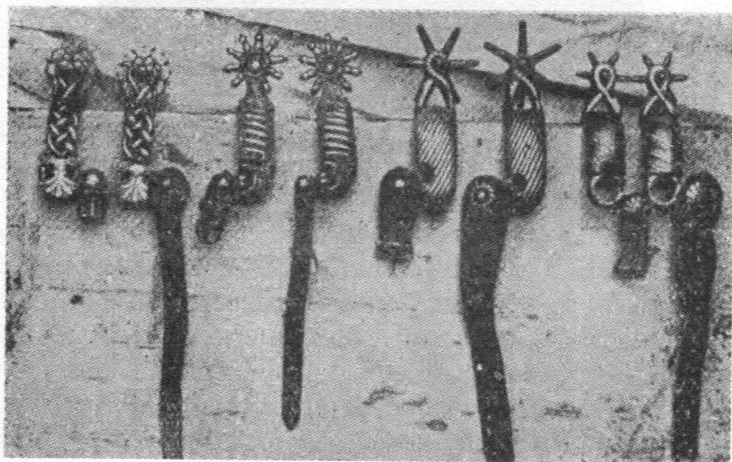
Para agilizar los caballos pencos a volver a uno y a otro lado, recomiendo que se lleve una vara gruesa de membrillo; y al dar el lado al caballo, por ejemplo, el de montar, désele un varazo cerca del hocico del lado de la garrocha, en el sentido de la vuelta, y viceversa o mejor dispárese un tiro de revólver cerca de la oreja del bruto por el lado de la garrocha para volver al lado contrario y viceversa. Claro está que para esta lección se usan cartuchos sin balas pero ruidosos. Si la lección se da de noche y en noche de luna llena mejor que mejor. Después de algunas lecciones de estas, cuando el jinete mande la vuelta con la rienda, no hará más que levantar la mano contraria al lado que se desea volver, y el caballo girará con rapidez. Téngase siempre presente que al dar la lección de volver sobre la izquierda, se mandará llevando la rienda en la mano izquierda, y cuando se trate de volver sobre la derecha, se hará llevando la rienda en la mano derecha.



Traje charro del Autor.  
Botonadura que se supone fué de:  
"El Zarco"



Traje del Autor



Espuelas del Autor



## RIENDAS LARGAS.

De la escuela inglesa he tomado el manejo de las riendas largas, porque con su uso he logrado magníficos resultados, y como he dicho antes, me ha servido, al escribir este libro, de cuanto práctico he encontrado en las diferentes escuelas, mejorando la nuestra ya tan rica en recursos prácticos.

Son las tales riendas largas, de lona fuerte, miden diez metros de largo cada una aproximadamente y llevan en cada uno de sus extremos un gancho o una hebilla. Para servirse de ellas hay que guarnecer el caballo con filete, y ensillarlo con una silla europea, a la cual se le fijan los estribos uniéndolos por debajo de la cincha por medio de una correa con hebilla. El caballo así aderezado, se pasa una de las riendas por dentro del estribo y se va a sujetar a la anilla lateral del cabezón, y por el lado contrario se hace lo mismo con la otra rienda. De este modo quedan las riendas paralelas entre sí, y el amansador las toma a distancia conveniente para que pueda guiar el caballo, estando el maestro a pie, como lo haría si lo estuviese guiando desde el pescante de un coche. El educador tendrá en la mano una fusta de suficiente alcance, y por medio de la voz, y cuando sea necesario del látigo, hará salir el caballo al paso, y después de unos cuantos trancos, el que guía permanecerá en un sitio aflojando la rienda derecha, que dejará correr, conservando la izquierda fija, y hablará al caballo para que continúe andando en círculo. Claro está que el caballo se verá obligado a caminar describiendo un círculo hacia la izquierda cuyo centro es el amansador, y su radio, el largo de las riendas.

Con el látigo se obliga al caballo a caminar, primero al paso, después al trote y por final al galope, impidiéndole con las riendas que agrande o acorte en círculo. Hablándole y al mismo tiempo tirando de las dos riendas a la vez, se le hace parar.

Para hacerlo volver, y trabajar en sentido inverso, se tira de la rienda derecha, la que a la vez que lo hace volver la cabeza y doblar el cuello a la derecha, hace presión en el anca y efecto de ayuda, que empuja el tercio posterior hacia la izquierda y que favorece la vuelta. Para obligar al caballo a recular, se tira de las dos riendas a un tiempo, dando yo mando hasta conseguir el fin. Hay caballos que obedecen en seguida; pero otros, en cambio, oponen más o menos resistencia. Con estos últimos es muy conveniente que un ayudante esté enfrente llevando en la mano izquierda una rienda pendiente de la anilla central del cabezón, y en la derecha una vara.

Por medio de ligeros toques con la cuerda, y una prudente amenaza con la vara, y pisándole al caballo los cascotes de las manos, uno después del otro, a la vez que el educador va tirando de las riendas, se consigue que el caballo recule. Este sistema es infalible para enseñar a los caballos a cejar.

A medida que el caballo se familiariza con el trabajo, se van subiendo las riendas, que se hacen pasar por los estribos colocados más altos. Muy a las claras se verán las grandes ventajas que se puede lograr mediante el uso debido de estas riendas, con las cuales el hombre adquiere, sin peligro, el dominio cabal sobre el bruto para trabajar caballos mañosos, antes de montarlos, para facilitar las flexiones, las rotaciones de grupo, para quitarles las cosquillas, para enseñarles a saltar, etc.

Conocí el uso de estas riendas en la magnífica obra del capitán Hayes y las he usado con los mejores resultados.

## PROCEDIMIENTO PARA DOMINAR CABALMENTE A CUALQUIER CABALLO INDÓMITO.

Con un cabestro o con una reata se laza el caballo de la cabeza, en forma que la gasa caiga pasando por la nuca, circundando la cabeza, y pase entre el belfo superior y las encías. La hembrilla ha de quedar al lado del montar, a media quijada y apuntando hacia abajo. En seguida se tira del ronzal a toques consecutivos. Al poco rato, el caballo queda rendido, y se le puede hacer lo que se quiera sin que oponga la menor resistencia. (Véase la iluminación)

## EL BOCADO Y LA CABEZADA DEL PROFESOR BERRY

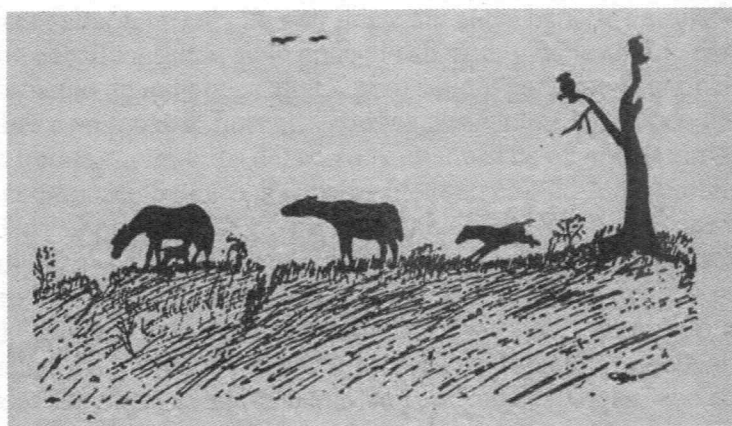
Voy a dar a conocer a mis lectores los instrumentos mencionados, como medio que les quitan mañas a los caballos y sirven para enseñarles lo que se quiera. A mi me fueron dados a saber por mi buen amigo don J. A. Sánchez Antuñano, célebre educador de perros y de caballos. La cabezada y el bocado del caso, presentados en el dibujo que se publica, son de los más útiles para dominar, en un momento, a cualquier caballo, con el fin de que se deje herrar, curar o limpiar sin oponer la menor resistencia, así como para enseñarle a que siga a uno como perro faldero; para que se deje montar, para quitarle las cosquillas, la maña de empinarse o azotarse; la de *reparar*, la de patear, la de morder y aun la de desbocarse. Mientras más se usan la cabezada y el bocado, más se aprecian. Existe un punto determinado en la nuca del caballo en donde los nervios de la espina no estén protegidos por el hueso; y esa área pequeña, y extremadamente sensible, no es conocida del común de los hombres que tienen que ver con los caballos. El efecto de la cabezada y del bocado es simple, eficaz, rápido y duradero, sin peligro para el que lo usa, ni perjuicio para el caballo. La polea lateral produce un gran poder con que se puede fácilmente lograr el dominio y detener el caballo más fuerte, aún con una sola mano. Ni dando tirones muy fuertes del ronzal se corre el riesgo de lastimar los asientos del animal. Y para usar la cabezada y el bocado, póngasele al caballo; y en seguida, estando frente a él, dénsese tirones a un lado y a otro para que el animal empiece a sentir los efectos; y después alejándose uno del caballo hasta la extremidad de la rienda, estando frente a él, y cuando el caballo no se esté defendiendo, dénsese tirones hacia delante, aflojando siempre después de cada tirón; y ya se verá que a unos cuantos tirones cualquier caballo irá hacia el domador, y después de poco rato le seguirá perfectamente.

Para lograr el resultado, el carretillo ha de quedar, cuando puesto, entre el ojo y la nuca del caballo, y la cinta ha de pasar por detrás de las orejas.

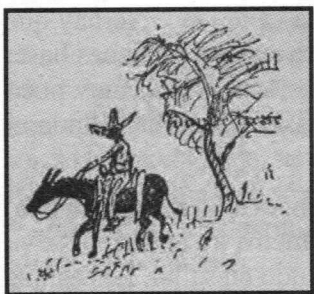
Me tomo la licencia de recomendar a mis lectores un libro que escribí explicando el admirable método de doma, educación y corrección de resabios de caballos, procedimiento que me fue enseñado por don Enrique Estrada habilísimo arrendador de caballos.

Y ahora, charro lector, te voy a contar lo que hago cuando adquiero una caballería más o menos mal arrendada y con resabios. Cuando no tengo tiempo ni los medios para someterlo al método Estrada que es como quien dice infalible llevo el caballo, desovachado por supuesto, al Rancho del Charro en donde tengo en una de las paredes del lienzo de apealadores una argolla como del grosor de un dedo mediano y de unos ocho centímetros de diámetro unida a

un espiga a modo de clavo muy grande encajado en el muro y asegurado con cemento, a tal extremo que en el tirón más fuerte de un caballo pueda arrancarlo. Dicha argolla queda a un metro cuarenta y ocho centímetros del suelo y gira al uno y al otro lado. Conduzco el bruto mañoso hasta ponerlo frontero de la argolla. Le pongo una jáquima fuerte que tiene un bozal duro y grueso; pero forrado con manta. Del fiador de la jáquima va una reata gruesa que se amarra a la argolla a tal largor qué quede el caballo a una distancia de la argolla igual a la que hay desde el bozo del anillo hasta su cuadril. Con otras reata, también gruesa, le pongo al caballo un pretal del que sale una cuerda que pasa por en medio de las manos y va a dar al bozal formando una gamarra que le impida al animal despapar. Luego yo a un lado, látigo en mano, obligó al caballo a arrancar en sentido contrario paralelo a la pared para lo cual le doy un latigazo en el nacimiento de la cola. El caballo arranca y naturalmente se da un "potreón" muy fuerte que lo obliga a volver. Del lado contrario al mío está otro individuo quien látigo el mano obliga al caballo a arrancar en dirección opuesta y naturalmente el discípulo recibe el segundo "potreón" y luego repito yo mi tarea, y así sucesivamente se hace al caballo darse potreones al uno y al otro lado hasta que reconoce y vuelve sin potrearse y con la cuerda en banda. Con tal lección los caballos se rinden y se les quitan las malas mañas. Comúnmente con una lección es suficiente, pero se dan las necesarias una cada día hasta lograr el fin deseado. Luego se le dan las lecciones de cejar según el método Estrada y se termina con las lecciones de los frenos y venenillos también del método Estrada y con eso cualquier caballo queda útil y obediente. Quisiera yo insertar aquí el método Estrada pero como el libro está de venta quien tenga interés en conocer el manejo del peal hará bien me comprar el cuadernito que vale un Potosí. Este procedimiento es eficacísimo para corregir defectos como el de empinarse el caballo, patear, endurecerse, no dar los lados ni meter las patas, etc.







## **TRANCO IV**

Marchas imperfectas. Para enseñar a los caballos a saltar. Para enseñar a los caballos a colear. Para enseñar a los caballos a abrirse de remos para abajarse. Para enseñar a los caballos a llamar a las puertas y levantar a los animales que no quieren ponerse de pie. Para enseñar a los caballos a seguir a los jinetes. Para dejar a los caballos ensillados solos en cualquier sitio, sin que se vayan de lugar en que se les dejó. Para habituar al caballo a las detonaciones de las armas de fuego. Manera de corregir la maña empinarse. Para quitar a los caballos lo rabeoso. Para enseñar a los caballos a que se echen. Obsérvense las orejas de los caballos, pues ellas indican lo que el animal quiere hacer.

## **MARCHAS IMPERFECTAS**

Todos los pasos que se suelen llamar de andadura son marchas imperfectas o defectuosas; los caballos de paso, de sobrepaso, de mandinga, no son apreciados por los charros. Tales andaduras no se deben fomentar, ni aceptar, porque desarreglan todos los movimientos del caballo y, además, no son duraderas. El trote es poco o nada usado por nuestros charros. A este respecto los árabes dicen: "En campaña no queremos sino el paso o el galope. Si no vamos persiguiendo, el paso nos basta; pero si nos vemos en peligro, el galope nos salva". Cuando el caballo parte mal al galope, lo que se siente por lo descompasado del movimiento, debe pararse y volverse a sacar.

## **PARA ENSEÑAR A LOS CABALLOS A saltar.**

Es de todo punto necesario que los caballos charros sepan saltar bien: y en especial, de sobre parados, pues con frecuencia se encuentra el jinete en la necesidad de salvar ya una zanja, ya una cerca o unas trancas; y cuando los caballos no estén enseñados, suele ocurrir que el jinete obligue a su cabalgadura a cuartazos y espolazos, a hacer una cosa que no sabe. Cuando el animal es ágil salta; pero lo hace mal, con gran riesgo de tropezar y aún de caer. No es bueno hacer saltar a un caballo con jinete sin antes haberle enseñado a hacerlo sin el. Para enseñar a un caballo a saltar, se le pone el cabezón, y de la anilla centra la rienda larga. Se arregla un obstáculo de muy poca altura, pero sólido, para que el animal, desde un principio, se acostumbre a no tomarse licencias con los obstáculos. Un tronco de árbol, una tranca grande, puesta a treinta centímetros del suelo, y un muro de mampostería de la misma altura, son lo mejor para empezar. Se hace al caballo andar en círculo, y se lo obliga a saltar el obstáculo, lo que, dada su pequeña altura, hará sin dificultad. Después de que salva el obstáculo con buena voluntad, al paso, en círculo, a derecha e izquierda, se le hace pasar al trote; y cuando a ese aire lo ha hecho con facilidad, se le hace saltar al galope; y por fin a la carrera, teniendo cuidado de darle el ejercicio siempre en un sentido y en otro, pues es conveniente que aprenda a saltar galopando sobre una u otra mano. También se guía al caballo sobre los obstáculos a todos los aires, conduciéndolo con las riendas largas, que son utilísimas para

estas lecciones. Todos los días se le dan al caballo unos tres saltos a cada lado. No hay que aburrir a los caballos. A diario, y si es posible a mañana y tarde, se le dan las lecciones hasta que salte a gusto y con facilidad. Después se le van subiendo los obstáculos pero muy poco a poco, de pulgada en pulgada, y no se le hace saltar uno mayor hasta que se ha saltado el menor con habilidad.

Ya familiarizado con los obstáculos altura, se pasa a los de anchura, con agua y sin ella. Se empieza por hacer saltar al novicio una zanja de menos de un metro de ancho; y se va aumentando la anchura a medida que se el animal se va perfeccionando en saltar. Las zanjas han de ser siempre ondas, cuando menos de un metro de profundidad, para que el caballo no se le ocurra meter las manos, y para que vea que tiene que saltar de seguir después de cada ejercicio, es bueno acariciarlo y aún darle algo que le guste. Se evitará siempre todo mal trato; nada de gritos ni de latigazos, sino muy buen modo para que el animal adquiera gusto por el ejercicio y no tema al nombre. Todas mis cuadras tienen o una tranca gruesa y fija en su entrada o un escalón de mampostería que los caballos se ven obligados a saltar cada vez que entran o salen. En cuanto el caballo sepa saltar bien solo, será tiempo de que empiece a hacerlo con jinete; y siempre que salte se tendrá cuidado de dejarle la cabeza en absoluta libertad; y no está por demás llevar en la mano, aparte de las riendas del freno, la falsa rienda para que en caso de algún tirón involuntario, por pérdida de equilibrio, no se lastime la boca, ni el salto se entorpezca. Cuando un caballo salva, de sobre parado, una tranca de un metro de alto, y una zanja de dos metros de ancho, ya será un saltador. Mientras más se haga, saltar a los caballos al paso será mejor.

## PARA ENSEÑAR A LOS CABALLOS A COLEAR

Se manda curtir una cola de res que tenga buenas cerdas, y en la parte que corresponde al nacimiento del maslo se le pone una manija o agarradera como las de las cuartas. Un charro a caballo, en bestia mansa, lleva dicha cola colgando del dedo de en medio de la mano izquierda; y se pone a caminar junto a un lienzo, poniendo la mano que lleva la cola atrás, cerca del nacimiento del maslo de su caballo. Entonces el charro que va a darle la primera lección de colear a su caballería, se acerca a la otra; y yendo al paso, se agacha y toma unos instantes la cola que lleva en la mano; la suelta después, la vuelve a tomar; y por fin, si su caballo no se asusta, pasa la pierna sobre ella andando el caballo. Cuando el *cuaco* está familiarizado con el ejercicio al paso, se hace al galope; y después, a la carrera. Más tarde se va a lienzo, en donde se hace al charro que lleva la cola y que representa al toro, salir del corral de encierro, primero al paso, en seguida al galope corto, y por último a la carrera. El charro que monta al caballo aprendiz se coloca en la salida del corral, y suelta su caballo sobre el que hace veces de toro, al que coleara tomándole la cola postiza; en estas lecciones, el que representa al toro sale unas veces a toda carrera, otras se va deteniendo, unas se atraviesa, o se sienta; y en fin, hace lo que suelen hacer los toros y así el caballo novicio se familiariza con la suerte en sus diferentes aspectos. Cuando el caballo se acomode bien, en todos los casos, será tiempo de pasar a ejecutar la suerte con toros, teniendo cuidado de correr tan solo uno o dos la primera vez, y eso no seguidos, pues habrá que colear uno, después de tener al caballo en la puerta del corral viendo salir a los toros que otros charros colean, y entienda que no ha de seguir a cuanto toro salga, y así no se alborote. Se le tiene con la rienda floja y aquietándole, mientras no le toque colear.

Casi todos los caballos coleadores se alborotan o *bronquean* mucho en el partidero en donde se empinan, se abren, etc., porque siempre que se les ha colocado en la salida de los toros, ha sido para colear; y las más veces se les ha dado de la cuarta para alcanzar, para tumbar, y el coleador los a prendido con las espuelas al balonearse. Todo esto por *chambonada* pues la remuda de un verdadero hombre de a caballo no se alborota, y sólo está atenta a obedecer las órdenes que recibe. Si el caballo no sale con fuerza al tiempo que el charro arciona y amarra, se le pide algún compañero, que sepa lo que trae entre manos, que la próxima vez que vuelva un colear en un caballo quedado, vaya corriendo cerca de él, llevando la reata en la mano con una lazada pequeña, y que en el momento de arcionar, le de al caballo un fuerte reatazo en las ancas, con lo que saldrá con rapidez. Una o dos lecciones serán suficientes para que el caballo no se vuelva a quedar.

## PARA ENSEÑAR A LOS CABALLOS A ABAJARSE, ES DECIR, A ABRIRSE DE REMOS, O COMO DECIMOS LOS CHARROS A ALAGARTARSE

Los charros dicen que un caballo se alagarta cuando avanza las manos. Suele enseñarse a los caballos a ponerse así, abiertos de patas, con el fin de que queden más bajos, estén quietos y se facilite el montarlos. Para enseñarles a que tomen esa postura, el educador se pone al lado del caballo como si fuera a montar y, empujándolo con la mano izquierda, que tendrá las riendas y un puñado de crines, eche el peso del caballo sobre la espalda derecha, dándole al mismo tiempo golpecitos con el pie en la cerneja del remo anterior izquierdo, hasta que el animal adelanta el remo, tanto por los golpes recibidos, cuanto por sentirse relevado del peso de ese lado. Una vez conseguido el primer paso, se acaricia al animal y se lo obliga a que adelante el otro remo, para lo que lógicamente habrá de tirar de las crines con el intento de llevar el peso sobre la espalda izquierda, dándole al mismo tiempo golpes con el pie en la corneja del remo anterior derecho, que es el que se desea hacerle adelantar y poner junto al otro. Así se continuará, paso a paso, hasta que el animal avance sus dos remos delanteros lo suficiente. Algunos caballos aprenden sin dificultad, pero otros suelen dar trabajo. Para esto es conveniente valerse de algún ayudante que se ocupe en el remo del lado del montar. Se tendrá cuidado de que, tanto los remos delanteros como los traseros, queden fijos y juntos, para que el caballo presente la mejor postura. Una vez en ella, se le acaricia y se le mantiene así, hasta que el jinete haya montado y se haya calzado los estribos.

Ocurre, casi siempre, que ya lograda la postura dicha, el caballo se mueve al subir el jinete. En tal caso, no se termina el movimiento de montar, sino que el jinete se apea en seguida para obligar de nuevo al bruto a tomar la postura deseada y repetir los movimientos hasta salir con el propósito. Como se ha dicho antes, a los caballos se les enseña a alagartarse para que estén quietos al montarlos y para que queden más bajos; pero también para ocultarles ciertos defectos que suelen tener en las manos y que en esa postura son menos perceptibles, y para precaverse contra los caballos que al montar corvean. No es de recomendarse esa posición en el caballo, porque cuanto más abierto de remos está, tanto menor resistencia tiene para aguantar el peso del jinete. Así resulta que los hombres pesados, que son por regla general los que menor facilidad tienen para montar a caballo, obligándolos a abrirse de remos cada vez que se les van a montar, hacen que se resientan pronto de los riñones. Por lo contrario, mientras más juntos tenga los cuatro remos, en mejores condiciones estarán para resistir el peso.



**PARA ENSEÑAR A LOS CABALLOS  
A LLAMAR A LAS PUERTAS Y LEVANTAR  
A LOS ANIMALES QUE NO QUIEREN PONERSE DE PIE**

El educador, apostado en el centro de la caballeriza y teniendo al caballo sujeto del ronزال, por medio de silbidos de la vara lo obliga a que de algunas vueltas o rotaciones de grupa, primero de derecha a izquierda, y después al contrario. Ye le acerca la pared y, estando el educador en pie y del lado del subir, le da al caballo piquetes en el codillo con una vara puntiguda. El animal, al sentirlos, empezará a levantar y a extender la mano, que al cabo de algunas veces pegará en la frontera puerta y la llamada se efectuará. Si el caballo se resiste a obedecer, podrán alternarse los piquetes con golpes en el remo delantero por la parte de atrás en lugares diferentes, buscando el sitio más sensible. Lo mismo se hace con el otro remo; y por medio de aplicaciones de la espuela, cerca del codillo respectivo, se logra que el caballo ejecuté la suerte con el remo a que se le aplica la ayuda correspondiente. Con frecuencia suele acontecer, cuando está uno charreando, que después de haber derribado a un animal, éste no quiera levantarse; y de la misma manera que obliga uno al caballo ya enseñado, a que toque la puerta, lo obligará a que le dé una o más manotadas en el cuerpo del animal caído para que se levante.

**PARA ENSEÑAR A LOS CABALLOS A  
SEGUIR A LOS JINETES O IR HACIA  
ELLOS CUANDO SE LES LLAMA**

En el picadero se pone al caballo en libertad. El educador lleva un buen látigo, y arrinconaa al caballo en uno de los ángulos, teniendo a dos ayudantes también con látigos en la mano uno a cada lado. El educador azota al caballo en las patas hasta que para librarse del castigo, vuelve la cara hacia el maestro. Entonces se le llama; y cuando haga la menor demostración de obediencia, se le recompensa acariciándolo y dándole azúcar. Cada vez que el caballo vuelva las ancas, se le darán las patas con el azote; y bien pronto irá hacia su amo, y le seguirá.

Otro medio hay, y por cierto muy eficaz, y es servirse del freno Beery. Con él, y dando tirones de la cuerda, el caballo, en poco rato, seguirá al caballero. Hay que tener cuidado de no hacer tensión de la cuerda, sino dar toques o tirones y aflojar en seguida.

**PARA DEJAR A LOS CABALLOS  
ENSILLADOS SOLOS, EN CUALQUIER SITIO,  
SIN QUE SE VAYAN DEL LUGAR EN QUE SE LES DEJO**

Al apearse del caballo, trastúmbensele la rienda; y por el lado de la garrocha métase el estribo y arción dentro de la rienda, y amárrese la maniota de esta de uno de los tientos traseros, y lo más alto posible convenientemente. Así, el caballo quedará flexionado hacia la derecha, y no podrán andar para adelante, Si acaso, al principio, dará unas cuantas vueltas alrededor hacia la derecha; pero bien pronto se quedara quieto con la ventaja de estar flexionado.

## **PARA HABITUAR AL CABALLO A LAS DETONACIONES DE ARMAS DE FUEGO.**

Es bueno disparar algunos tiros cerca de las caballerizas cada vez que se vaya a echar pastura; y además, tener a los caballos presentes cuando se haga ejercicio de tiro. Para no gastar cartuchos, que son caros, se pueden quemar cohetes, que son baratos. Es muy conveniente que los caballos estén familiarizados con los disparos, para que cuando escuchen alguno no se asusten y para que en el frecuente caso de que el charro haga uso de su pistola, el caballo no sea un estorbo.

## **MANERA DE CORREGIR LA MAÑA O MAL HÁBITO DE EMPINARSE (PARARSE DE MANOS).**

Cuando un caballo se empina, al levantarse désele un golpe fuerte de arriba a abajo con una vara o bastón, a media oreja derecha. Con una o dos lecciones quedará corregido.

## **PARA QUITAR A LOS CABALLOS LO RABEOSO**

Se toma un pedazo de vaquetilla de cuatro o cinco pulgadas de ancho, y como diez de largo; y se une a una baticola. Se hace una bolsa capaz de contener una o dos libras de municiones. Se le cosen dos correas delgadas con sus correspondientes hebillas. Se llena la bolsa de municiones y se le pone al caballo rabeoso la grupera, de la que colgará la vaquetilla con la bolsa, y se abrochan las correas, circundando el maslo por debajo de las cerdas. Claro es que la grupera irá sujeta a la silla. Tal aplicación impedirá al caballo rabear; y al cabo de algunas semanas de su uso, probablemente el caballo queda sin el defecto.

Para lograr que un caballo rabeoso meta la cola, y no la mueva, se le levantan las cerdas de la cola a unos diez centímetros del nacimiento de las cerdas, y con un elástico se le lía el maslo. Al poco rato se les adormece; y el caballo mete la cola sin volverla a sacar mientras lleve el elástico, que no se debe dejar puesto más de unas dos horas.

## **PARA ENSEÑAR A LOS CABALLOS A QUE SE ECHE PARA QUE SIRVAN DE PARAPETO CUANDO SE TIRA.**

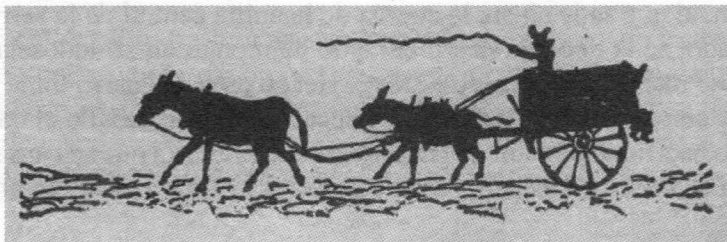
Se lleva el caballo a un corral o picadero que tenga piso muy suave. Se le pone al animal el cabezón, al que se le ajusta la cuerda de la anilla central de la serreta y, estando el caballo desensillado, se le dobla la mano del lado de montar amarrándosela con una correa o cuerda forrada de manta, para que no lastime. Hecho esto, el charro toma la cuerda con la mano izquierda, y con la derecha una vara con la cual le toca al caballo el flanco del lado del montar. El caballo hace una rotación de grupa, y da vueltas hasta que se cansa y da en echarse sobre su lado derecho. Al estar echado, se le acaricia y se le da azúcar, desatándole la correa

o la cuerda para que se levante. Se repite la operación las veces que sea necesario, hasta que el caballo se eche sin necesidad de amarrarle la mano.

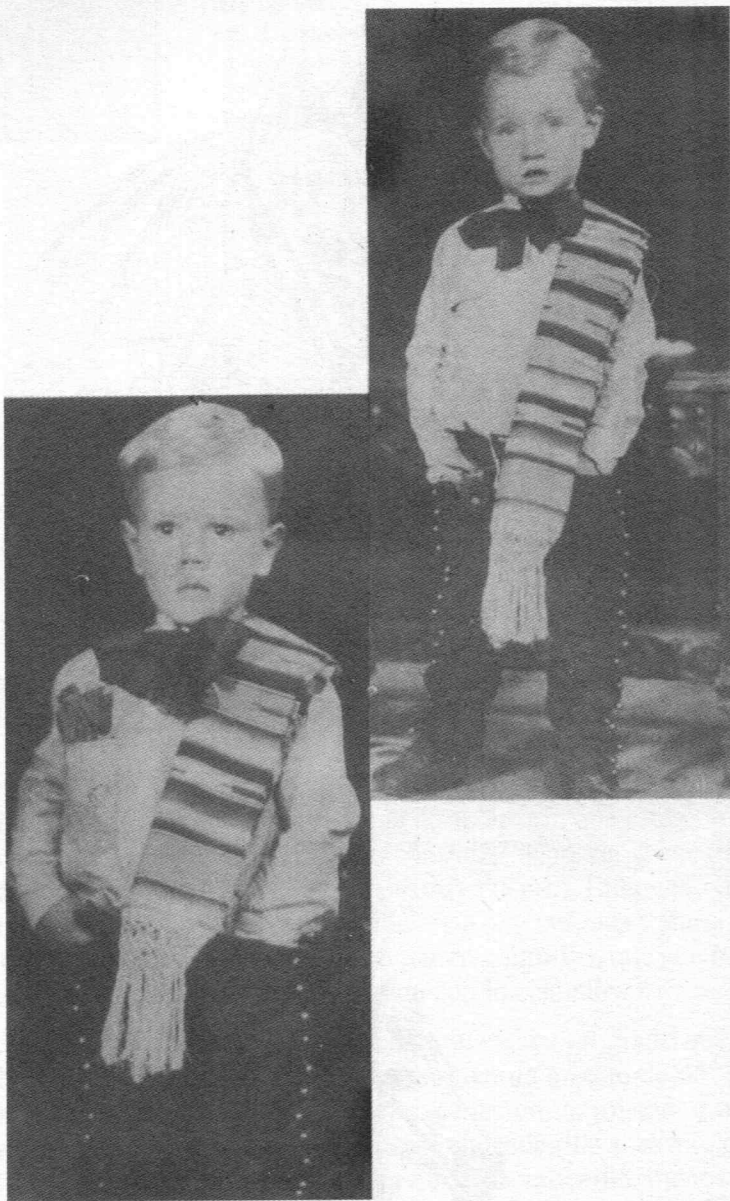
## **OBSÉRVENSE LAS OREJAS DE LOS CABALLOS, PUES ELLAS INDICAN LO QUE EL ANIMAL QUIERE HACER.**

Las orejas hacia adelante, sin rigidez, indican contento. Las orejas para adelante, rígidas, son el medio que el caballo tiene para indicar que hay peligro adelante. Las orejas ligeramente hacia atrás, sin rigidez, indican que la atención del bruto está atraída hacia atrás. Las orejas para atrás, con rigidez, es el medio que el caballo tiene para indicar que hay peligro atrás. Las orejas para atrás, cerca de la cabeza y rígida, demuestran actitud de combate. Si los objetos que llaman la atención del animal, están en los lados, las orejas se mueven por separado, cada vez una, significando lo que se indicó antes.

Me han asegurado como cosa cierta, que si a un caballo genitor se le unta en la nariz aceite de laurel, deja de relinchar mientras le duren los efectos del dicho aceite. No esta de más hacer la experiencia para saber si el decir es cierto.

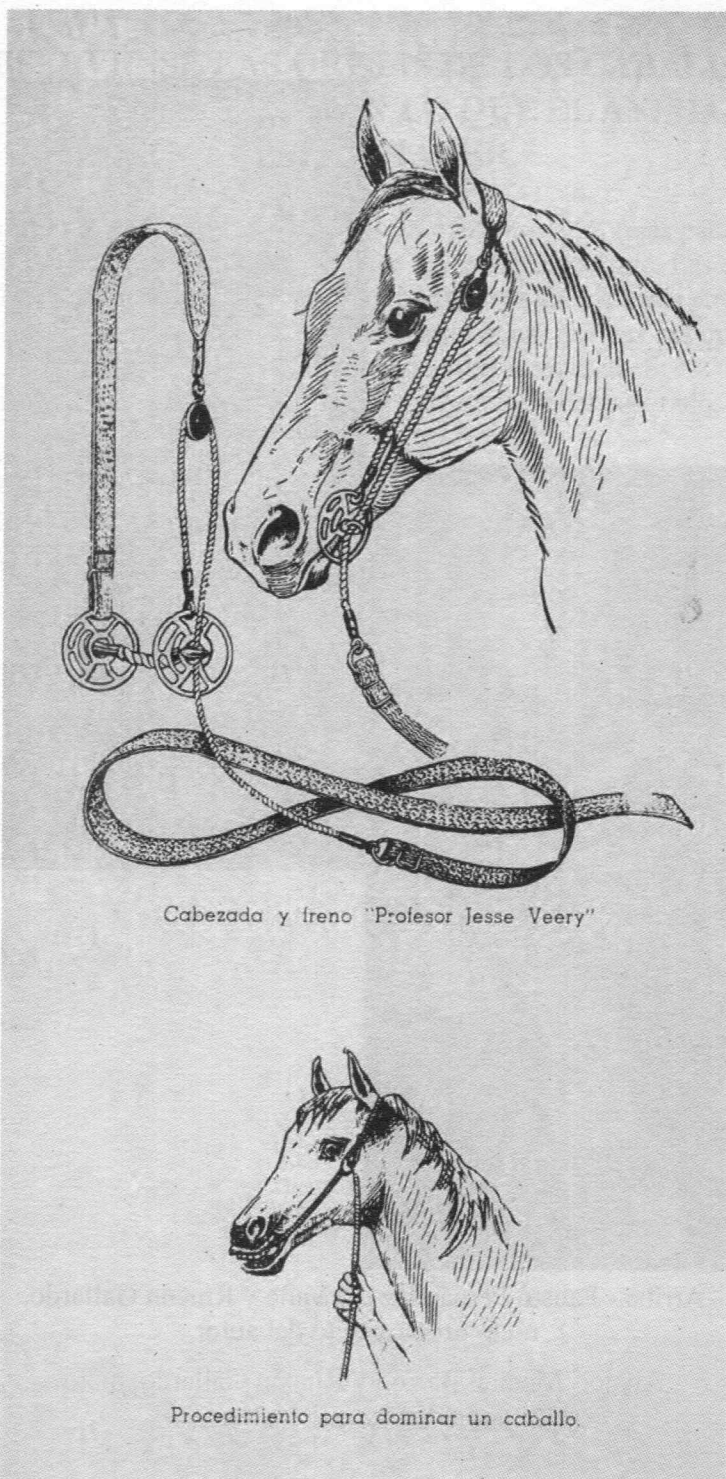






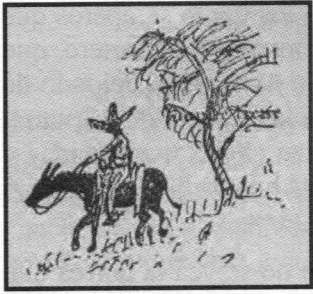
Arriba.- Fausto Fernández del Valle y Rincón Gallardo,  
nieto promogénito del autor.

Abajo.- Manuel Barrón y Rincón Gallardo, nieto  
segundogénito del autor.



Cabezada y freno "Profesor Jesse Veery"

Procedimiento para dominar un caballo



## TRANCO V

Reglas para enfrenar y ensillar la cabalgadura. Mover, calar o bullir el caballo. Saltos de obstáculos. Preparación de las reatas. Manganear. Apearlar. Consejos para los lazadores. Lazar y estirar a pie. Colear en lienzo o corredero. Colear a puente de freno. Colear mancuernas o reses mancornadas. Colear cambiando de mano. Colear en pelo. Colear a la Lola. Colear en plaza de toros. Generalidades. Consejos a los coleadores. Modo de levantar las reses que no se quieren parar. Reglamento para concursos de coleadores. Clasificación de caídas. Otros concursos. Jinetear. Jinetear bestias caballares. La pasada de la muerte. Torear a caballo. Banderillar a caballo. Rejonear. Posición del jinete a caballo. Manejo de las riendas.

### REGLAS PARA ENFRENAR Y ENSILLAR LA CABALGADURA

Se dice que debe hacerse como en Castilla, poniendo primero el freno y después la silla. Se le echa la rienda al caballo, y en seguida se tomará la cabezada por el cabezal con la mano izquierda, y el bocado con la derecha. Si el freno es de los que llevan cadenilla de barbada, se desengancha esta antes de enfrenar, para ajustarla después. Se eleva la cabezada por la frente del animal, y se le introduce el freno en la boca, metiéndoselo por el lado del montar y entre la comisura de los labios, arriba del colmillo. A medida que el freno vaya entrando en la boca del caballo, la cabezada se irá elevando, hasta lograr que aquél quede totalmente dentro de la boca y el cabezal sobre la nuca, con la oreja izquierda dentro de la orejera. Ya se ha dicho, y no está de más repetirlo, que la orejera ha de ser suficientemente larga para que el botón que la une al cabezal no quede sobre la parte de crin que está entre las orejas, sino a la altura de la oreja del lado del montar. De lo contrario, acabaría el caballo por quedarse calvo de la nuca, dado que el remache del botón destruye la crin. El bocado deberá quedar como a una pulgada arriba del colmillo en los caballos, y a una pulgada y media, poco más o menos, arriba del último diente en las yeguas que no tienen colmillos, que son las más, y si los tienen, claro está que se observará la misma regla que con los caballos.

La cadenilla de barbada habrá de quedar ajustada a tal grado que cuando se tire de las riendas del bocado, las piernas o las cambas formen un ángulo de  $45^\circ$  con la línea de unión de los labios del caballo; o lo que es, con aproximación, lo mismo, que al jinete le quepa la punta de los dos dedos primero y segundo entre la cadenilla o barboquejo del caballo. Esta es una regla general; pero mientras más floja quede la cadenilla, menos rigor tendrá el freno, y viceversa. Una vez enfrenado el caballo, se le arregla del copete de manera que quede bien separado de la crin. Después se le pone la mantilla o sudadero, teniendo cuidado de que quede delantero, para bajarlo su lugar; y en seguida, se toma la silla con la mano derecha por la campana del fuste, en la parte entre la cabeza y la teja, y se mete la izquierda por debajo de los bastes, a fin de separarlos, y se echa suavemente sobre el lomo del caballo; en seguida, se suelta la argolla de la cincha, y se procede a cinchar, lo que se hace poco a poco, para darle tiempo al caballo a que se acomode a la presión. Cúidese de que al amarrar el cabestro, la reata y el sarape, con los tientos, que la rosa del nudo quede hacia arriba, y los cabos o puntas hacia atrás, y estos últimos nunca apuntando ni para adelante ni para arriba. Amárrese el



sarape con los flecos hacia el lado del montar, empleando para ello los tiento saraperos que cuelgan del nacimiento de la teja, dos a cada lado. La cuarta va pendiente del cuartero, que a su vez cuelga del tiento más alto que sujeta baste, fuste y cantina; más nunca del lado de la lanza, donde expondría al jinete a engancharse con la espuela en la maniota de la cuarta, al desmontar. La reata ha de quedar arrolladas con vueltas más bien chicas que grandes y colocada en la silla, debajo de la cantina del lado del montar; pero la hembrilla de la reata o la gasa debe apuntar para atrás y la escobetilla para adelante.

El machete o la espada: quedarán colocados en tal forma que no se vea la correa que une la oreja de la funda al fuste. Para esto, se pasa la punta de la correa por debajo de la argolla del enreatado del lado del montar; y sigue por debajo del mismo, dando la vuelta alrededor de la campana, hasta salir a unirse con la hebilla por debajo. No sé por qué, pero son contados los charros que llevan el machete puesto en la silla como se debe. Olvidaba decir que el machete ha de colgar naturalmente, y ha de pasar por entre la arción. Eso de sujetar la funda del machete al baste de la silla, llevándolo casi paralelo al filo del mismo baste, es indebido.

*La cadrilera:* se pone sobre el fuste a manera de asiento. El cinturón de ella, o las correas, pasarán por debajo de las argollas de los enreatados para después amarrarse sobre el fuste. Recomiendo que se lleve así porque no estorba, y además cuando el jinete se apea, levanta la cadrilera sobre la cabeza del fuste, y cuando vuelve a montar, la coloca otra vez en su lugar, evitando así el sentarse sobre el fuste caliente, lo que resulta desagradable y malsano.<sup>3</sup>

*El bozal:* si se pusiere bozal al caballo, lo que es muy de recomendarse, éste se colocará circundando el bozo sobre el freno, por fuera de él, cuando sea de barbada de cadena o freno jinete, y por dentro de la cabezada, cuando el freno sea de barbada de argolla, como los zacatecanos, por ejemplo.<sup>4</sup> En cuanto a la mantilla, resulta muy estético que haga juego con el sarape y con las riendas. En las cantinas se han de llevar los guantes de lazar; algunas correas o tientos, que pueden ser útiles en un momento dado para cocer una arción se descosa, etc.; un cuernito para abrir el torcido de la reata para hacerle hembrilla; unas rozaderas de vaqueta con la parte áspera del cuero para afuera y sus correspondientes correas para ajustarla a la hembrilla; una hembrilla de cuero, de esas que se ponen en un momento en cualquier reata y que son tan útiles cuando no se trata de florear sino de trabajar; el cuchillo, y en tiempo de aguas el forro del sombrero.

*Don Quijote de la mancha dijo a Sancho Panza:*

*“Cuando subieres a caballo, no vayas echando el cuerpo sobre la arción postrera, ni llesves las piernas tiesas y tirantes y desviadas de la barriga del caballo, ni tampoco vayas tan flojo, que parezca que vas sobre el rucio; que al andar a caballo a unos hace caballeros ya otros caballerizos”.*

3 La cadrilera no ha de ser de gamuza sino de vaquetilla, para que no se arrugue.

4 La razón por la que se debe colocar el bozal por fuera del freno que tiene trocillos, es que si se pusiera por dentro quedaria muy alto, debido a los trocillos. En cambio, con los frenos de barbada de argolla como no tiene trocillos el bozal, aun por dentro puede ponerse en su lugar.

MOVER, CALAR O BULLIR UN CABALLO

En México se dice que se cala, se mueven, o se bulle un caballo, cuando de sobre parado se arranca, se le deja correr a toda su velocidad un tramo más o menos largo, y se para en firme; se vuelve después a uno y a otro lado, y se le hace recula todo el trayecto. El charro, después de haber revisado cuidadosamente todo el aparejo, y haberse cerciorado de que el cuaco está bien ensillado, apretará la silla, y tras de esto le dará al caballo unas vueltas en círculo, a derecha e izquierda, sirviéndose del cabestro que llevará el caballo pendiente del bozal, para que de los pasos que los charros llamamos de la muerte, porque de lo contrario podría ocurrir que el caballo se *aplastara a los reparos*, o se azotara. Esto se hacen para que el animal se acomode con la silla; y es precaución que no se debe olvidar antes de cabalgar. En seguida se procede a montar, tomando la rienda templada con la mano izquierda, en la que asimismo se llevaran las vueltas sobrantes del ronزال. Con dicha mano y sin soltar ni rienda ni cabestro, se tomará un buen puñado de crines, a media tabla metiendo en seguida el pie izquierdo en el estribo. Se puede tomar el estribo sirviéndose de la diestra mano, o tan solo con el pie que; con la mano derecha se tomará la argolla del enreatado del lado de la garrocha, y se elevará sobre el estribo tras de una o dos intentonas para prevenir a la bestia, llevando el cuerpo erguido; y se pasará la pierna derecha por sobre el anca, sin doblar la corva, cayendo suavemente sobre el fuste. Una vez a caballo, engargantados los pies en los estribos, se amarra el cabestro a los tientos delanteros que para el caso tienen las sillas al lado del montar. Es lo más común atar el cabestro primero y montar después, pero estrictamente hablando, no debe ser así, pues si antes de montar amarra uno el cabestro, y el caballo se llega espantar o a encabritar, escapara. El jinete, para apearse, debe desatar primero el cabestro, y no desmontar y desatarlo después; y se apeará deshaciendo el movimiento hecho para subir, pero teniendo la precaución de sacar el estribo izquierdo con la punta del pie, para no correr el riesgo de quedarse atorado. El jinete, ya a caballo, con las espuelas calzadas, el barboquejo calado, y cuarta o vara en mano, elige un terreno apropiado, donde el caballo pueda correr, sin tropiezos, unos cien metros o más. Parado en el partidero, prepara al bruto teniéndolo entre la mano y la pierna, y una vez que está perfectamente equilibrado, igualado y recto, le inicia en el movimiento de recular. Al empezar a hacerlo, lo arranca para lo cual, como se ha dicho, afloja la rienda, inclina el cuerpo adelante, aplica las piernas atrás de la cincha, dejando correr al caballo toda la distancia, arreándolo. La parada se hace en firme y en tres tiempos, tirando de la rienda por medio de golpes o toques, es decir, tomando y dando con la mano a la altura de media tabla del pescuezo del caballo; echando el cuerpo hacia atrás, cerrando las piernas vigorosamente, junto a la cinchera, y dando al mismo tiempo la voz de mando: oh! Dada la educación recibida, el caballo para, metiendo los corvejones, y rayando, es decir, resbalando las patas sobre la tierra. En seguida se mantiene el caballo enteramente quieto, aún con las riendas flojas. Acto continuo, se le hace ejecutar una media cabriola natural alta a cada lado, que es una media vuelta sobre las patas, levantando las manos, como sigue: una pata fija será el centro de un arco de círculo, que el caballo describirá, en el aire, con las manos; la cual se consigue teniendo la mano con la rienda a la altura de media tabla del pescuezo del caballo. Si se trata de volver al caballo de derecha a izquierda, por ejemplo, si lleva el peso del cuerpo del jinete y la mano hacia la izquierda, con prontitud; y con la pierna derecha aplicada al vientre del caballo, describen las manos el arco del círculo. De no fijar las patas, resulta la vuelta sobre los cuatro remos; y a medida que las manos van hacia la izquierda, las patas irán hacia la derecha y, por tanto, no se ejecuta la media cabriola natural alta, sino únicamente la vuelta. Al dar los lados a un caballo arrendado, no se usa ni vara ni cuarta, ni se cambia la rienda de mano. Después de haber dado el caballo los lados, se le hace recular la distancia

recorrida. Esto debe hacerlo andando para atrás con la misma naturalidad con que anda para adelante. Los muy mas de los jinetes, en vez de hacer recular a sus caballos o cejar los hacen acular, que es muy diferente. Recular o cejar es el movimiento de retroceder bien ejecutado; y acular lo es mal hecho, yéndose atrás como si el caballo se fuera a caer, y apartándose de la línea recta, al recorrer el terreno. Para cejar, hay que tirar de las riendas, dando y tomando, con la mano alta y liviana; aplicando las piernas atrás de la cincha, alternativamente, a efecto de que cada presión haga que se levante la pata que corresponda al lado en que se aplico la ayuda. Cuando los caballos están bien educados, cejan aún sin rienda, con solo la aplicación de las ayudas. En terminado de cejar se mantiene al caballo quieto. Sea y vuelve a montar, sin que el animal se mueva.

Los charros se convencerán de que todos los ejercicios a caballo le saldrán más limpios, más precisos y más cómodos para ellos y para sus caballos, si aplican, además de las reglas conocidas en México, las ayudas enseñadas en las escuelas europeas, que yo, por medio de estos apuntes, trató de introducir en nuestra escuela. No se me escapa el hecho de que la posición del charro a caballo difiere un tanto de la del jinete europeo, ni que las espuelas son diferentes, y que por consiguiente, el charro se halla en condiciones menos apropiadas para la equitación sabia. Sin embargo, puede aplicar las ayudas y por lo mismo, debe estudiar lo más posible la equitación en general, y aplicarlo mejor que sea dable los conocimientos adquiridos. Muy de preferencia ha estudiar la antigua escuela española.

## SALTOS DE OBSTACULOS

No me ocuparé de tratar extensamente de ellos, porque ni la silla vaquera, ni la embocadura de los caballos a estilo mexicano, son apropiados para hacer una especialidad de tal género de ejercicios, sin que esto quiera decir que no se pueda saltar en silla vaquera mexicana; pues en buen charro, montado en un gran caballo, puede hacer lo que haga un jinete europeo, en tanto un jinete europeo no puede hacer lo que haga un charro. De aquí encuentro yo que para México, nuestra escuela charra es superior a las demás. Continuaré dando las reglas necesarias para ejecutar las distintas suertes que nuestros jinetes acostumbran, en el campo, en los corrales, en los lienzos y en las plazas.

*Jaripeo*: es el ejercicio en que se ejecutan las suertes de lazar, colear, jinetear, torear y banderillar a caballo.

*Lazar*: es atrapar por medio de un lazo. Se laza a los animales comúnmente del pescuezo; las reses deben lazarse de los cuernos, de las manos o de las patas. A lo primero se le llama sencillamente lazar del pescuezo o gañotear, manganear a lo segundo y apealar a lo tercero.

## PREPARACIÓN DE LAS REATAS.

Para que una reata sirva, es necesario que se hayan estirado, y haberle hecho su hembra con su correspondiente rozadera y su escobetilla en el otro lado o extremo. La operación se puede hacer de dos maneras, a saber:

I - A pie: se extiende y se asolea lo necesario. Después, entre varios charros le dan tirones a cadril hasta que la reata quede naturalmente extendida.



II - Se enreda una extremidad de la reata en el tronco de un árbol, a poco más de un metro de altura, y la otra extremidad a otro árbol que se encuentre a distancia conveniente para que la reata quede tirante.

En seguida, se cuelga una persona de la reata a media distancia entre los árboles, o mas bien dicho, hecha su cuerpo sobre ella y se deja ir hasta tocar el suelo, repitiendo el movimiento varias veces. A medida que la reata va dando de sí, se va cortando para que vuelva a quedar tirante entre los dos árboles. La operación se repite hasta que la reata se haya estirado lo suficiente. Hechas estas dos maniobras, se procede a formar la hembrilla, a la que se le pone su rozadera, y al otro extremo de la reata donde los hilos están unidos y doblados, y la escobetilla, por consiguiente, en el extremo opuesto. Para separar los hilos de la reata, se sirve uno de un cuernito bastante puntiagudo con el cual se abre un agujero entre los hilos a una distancia como de unos veinte centímetros de la extremidad; y por dicho agujero se pasa la punta de la reata, tirando de ella hasta que quede una hembrilla de un jeme de largo. En seguida se corta la punta y se destuercen los hilos, con los cuales, mojados, sea hace un nudo llamado botón, pegado a la hembrilla. Hecho esto, se cortan las puntas sobrantes. Para que la hembrilla se estire, se ensarta en ella otro pedazo de reata, el cual se amarra a un árbol. Luego se dan algunos tirones a cadril, los cuales hacen que la hembrilla se cierre. Para hacer la rozadera, se recorta un pedazo de vaqueta la cual, después de mojada, se amolda y sujeta a la hembrilla; y se cose por la parte de afuera con una correa, teniendo cuidado de que la parte áspera del cuero quede al exterior. Una vez puesta la rozadera en la hembrilla, y pasada la reata por ella, se vuelven a estirar; y en seguida, poniendo la hembrilla de filo entre las bisagras de una puerta y cerrando ésta, se amolda hasta que quede suficientemente cerrada. Para hacerle a la reata la escobetilla, se líá con un hilo a unos diez centímetros de la punta; y después se destuercen los hilos, carmenándolos, y con los corazones, se hace un nudito o botón en la parte interior de la escobetilla. Este botón sirve para que la reata no se destuerza y la escobetilla, para que cuando al amarrar se viere uno obligado a soltar la reata, el pajuelazo se amortigüe. Se introduce o ensarta el cabo de la reata en que esta la escobetilla, y tomando el mismo cabo con la mano izquierda y con las unas para arriba, se va arrollando la reata, valiéndose para ello de la mano derecha, que tomando así mismo la reata a una vara de distancia aproximadamente de la mano izquierda, por medio de movimientos circulares, va colocando las vueltas. Una tras otra, en la mano izquierda, teniendo cuidado de que no quede mal acomodadas esta operación continuará hasta que todas la reata quede arrollada, y una lazada hecha en la última vuelta. Finalmente, el charro monta a caballo y laza un tronco de árbol o la cabeza de la silla de otro charro que esté a caballo; y acto continuo, amarra y estira *chorreando* hasta la punta de la reata; y con esta última estirada que da la reata en estado de servir.

En una fiesta charra puesta por obra a beneficio de los damnificados de Parral en el mes de agosto de 1944 presenté una yegua alazana que eduque con el método Estrada. Anude la rienda sobre el cuello de la yegua, puse mis manos sobre el sarape que llevaba en la silla tras de la teja y así hice a la yegua andar y parar y volver. Luego la arranque de sobrearada desde abajo del palco de honor hasta el principio del lienzo de colear en donde la rayé y paré y volví. Acto continuo la volví a arrancar y la dejé ir a toda carrera hasta frente al palco en donde como se ve en la fotografía la pare haciéndola meter las patas y terminé aventando la rienda sobre las orejas de la bestia y bajándome por atrás. Terminé montando por el lado de la garrocha sin que la "cuaca" se moviera. Este resultado lo logré mediante el método "Estrada".

En la fiesta charra que puse por obra en provecho del Hospital de la Luz, presente a mi caballo El Califa, educado en mi escuela. Le amarre la rienda sobre el pescuezo, lo hice andar, parar y volver al paso y al galope y cambiar de mano. Después lo cejé desde el tendido hasta el lugar en donde salen los novillos que se colean y de allí lo arranque a todo correr y al llegar a la plaza, abrí mis manos en cruz y paré el caballo rayándolo en tres tiempos, todo sin haber tocado la rienda para nada. Después le aventé la rienda sobre la cabeza y me le bajé por las ancas y volví a montar pero por el lado de la garrocha sin que el noble animal se moviera.

Para que la reata sirva muy bien para florear, se frota desde la hembrilla hasta poco antes de media reata con cerote que también se unta o embarra a la hembrilla por dentro y con eso queda la hebra pegajosa y no se corre tan fácilmente.

Algunas regatas, las muy bien torcidas, son duras; y después de haberlas estirado, aunque haya soltado el torcido, quedan mas tiesas de lo necesario. Para que estén de buen temple, se las pone al sol, que las ablanda. Para ser lanzadas, se avienta la reata a lo largo, conservando en la siniestra mano el extremo que tiene la escobetilla. Esto se hace para evitar que al arrollarla nuevamente se hagan cocas. En seguida, se va recogiendo al resto de la reata con la diestra mano, como antes se indicó. Al llegar al final de la reata, se forma la lazada, según el tamaño que se quiera, la cual quedará en la mano derecha con la hembrilla a poco más de media lazada, para que al agrandarla por medio de los remolineos llegue a quedar a poco menos de media lazada así se reparte su peso, y se abre bien. No se puede establecer una regla fija respecto al tamaño que ha de guardar la lazada, pues cada quien la usa según la cómoda, aunque siempre quedará en relación con lo que se trate de lazar. En tanto que para lazar a pie tiene que ser relativamente chica, para lazar a caballo se necesita grande.

Respecto a la manera de llevar la rienda cuando se está haciendo uso de la reata he podido observar que cada charro la toma como mejor la cómoda. Yo recomiendo que se introduzca el dedo pulgar dentro de la gasa de toda rienda tiene, y en seguida se dé una vuelta a la mano, de manera que la rienda pase por el dorso de la mano para volverse empuñar. De este modo, aunque se abra la mano para ir soltando las vueltas de la reata o dejar ir toda ella. No se perderá la rienda, que además, se guarda siempre del mismo largo, lo que resulta muy ventajoso.

Remolinear. — Es hacer girar la lazada, abrirla y agrandarla, con el fin de darle impulso para lazar. Tan sólo en la práctica se puede explicar el sin número de efectos que se da a la reata al tirar los muchos lazos, manganas o peales que la habilidad de nuestros charros ha inventado. A fin de dominar el manejo de la reata, se necesita marcada disposición; una muy larga práctica y constante ejercicio.

## MANGANEAR

Es lazar de las manos. Se pueden tirar varias manganas, unas para adelante y otras hacia atrás, a la derecha o por la izquierda. Cada mangana tiene su nombre especial. Las más conocidas son las siguientes, entre las que se tiran para adelante:

- Ω *La vieja*. - Es la mangana más sencilla, y por serlo fue seguramente la primera que se empezó a usar. De ahí su nombre. Se remolinea al derecho, y se tira adelante sin efecto alguno; es directa, y se pone pasando el animal en un sentido o en otro. Más propiamente se llama así cuando el animal pasa de derecha a izquierda. Esta mangana se pone también sin remolinear.

- Ω *La máscara.*- Sirve para cuando el animal pasa de derecha a izquierda y rápidamente. Se remolinea como lo anterior; pero a soltarla, se le da un efecto volteando el puño violentamente hacia la izquierda a que quede en probación.
- Ω *La espina.*- Es la reina de las manganas, pues se pone a caballo, a pie para adelante, para atrás, de pie firme, o corriendo el animal que se trate de lazar. Se remolinea al revés, y se tira a tal efecto por medio de un movimiento rápido del puño de modo que resulta este en supinación. Se remolinea sobre la cabeza del charro.
- Ω *La polca.*- Es la vieja, con efectos del puño en probación al tirarse.
- Ω *La polca en fuga.* - Se pone persiguiendo al animal por su lado izquierdo. Se tira por encarna del lomo. Es peligrosa; pues si no se pone con precaución puede pasarse, y aun atrapar las manos del caballo del charro, con gran peligro de una maneada.
- Ω *La crinolina.*- Se remolinea al derecho, y se suelta adelante, dando una o más vueltas en el mismo sentido en torno del lazador para ponerla a un animal que pasa por enfrente, de izquierda a derecha.
- Ω *La contra crinolina.*- Se remolinea y se desenvuelve en sentido contrario a la crinolina. Se le da una o más vueltas en torno del lazador antes de ponerla.
- Ω *La cangreja.*- Contraria a la vieja. Es decir: se remolinea al revés, y se tira hacia atrás sin efecto, a un animal que pasa de izquierda a derecha.
- Ω *La copa.* - Se remolinea al revés, y perpendicularmente al suelo; pero se suelta por el lado del montar, aventándola hacia atrás pasando la mano con la reata por encima de la cabeza para amarrar.
- Ω *El plan de Tuxtepec.*- Se remolinea al revés por encima de la cabeza. Se suelta por la paletilla del caballo, del lado del montar, y por medio de efectos cambiados da vuelta por enfrente de la cabeza del caballo para ir a dar a las manos del animal, que pasa de izquierda a derecha.
- Ω *La flor.*- Sin remolinear y con lazada muy pequeña, se suelta esta dando vueltas en uno y en otro sentido, y abriendo gradualmente, lo más que se puede antes de ponerla al animal. Casi todas las manganas, o mas bien dicho, los lazos que se tiran para atrapar manos, se pueden usar para tirar peales; pero hay además otros lazos que sólo se emplean para sujetar las patas del animal, entre ellos los siguientes:
- Ω *El cobijado.*- Se tira como la vieja, pero de modo que al ponerlo abarquen no únicamente las patas, sino también una parte del anca, quedando en tal forma que al entrar las patas dentro del lazo caiga el del anca. Este peal es útil cuando la reata está floja.
- Ω *El viento.*- Peal inventado por el famoso lazador D. Manuel González Aragón. Se tira colocándose casi en ángulo recto con respecto al animal que se va apealar a su lado izquierdo, y a unos tres o cuatro metros de distancia. Con lazada bastante grande se remolinea a la derecha, perpendicularmente, aventando el lazo por alto, lo más posible, de manera que se abra ya suelto en el aire, y caiga sobre el anca del animal la vuelta superior de la lazada, y la otra



cobijando las patas por el lado derecho, con la hembrilla hacia el suelo. Hay que darle a la reata un ligero tirón al caer.

- Ω *El verijero.*- Se remolinea al revés, y se tira al frente, sobre el lomo. Hay la costumbre de que una vez puesto este peal a un toro bravo, se le aviente un sombrero por enfrente para que al embestir el toro entren las patas en la lazada.
- Ω *La sampableña.*- Se usa para llevarse andando, por la fuerza, a un animal que se resiste a hacerlo, no obstante que se le tiene de la cabeza. Se laza el tercio posterior sin que el lazo llegue a las corvas, sino que sólo abarque las ancas y cadriles. Se estira sacando el caballo hacia adelante, pero al mismo tiempo que el otro charro estire la cabeza. Se va graduando el tirón de acuerdo con el compañero.
- Ω *Peales largos.* - El lazador, a caballo se pone a unos seis metros del lienzo en que le ha de pasar la bestia que se va a apealar, o a la distancia mayor en que él pueda hacerlo. En la diestra mano tendrá la lazada grande con la extremidad en el suelo y adelante del caballo. La mano que tiene la lazada tendrá también una o dos vueltas de la reata. Poco antes de que el animal pase frontero, el lazador retira la lazada para atrás, con el fin de darle vuelo, y la avienta a las patas de la bestia que pasa. Si se logra el peal, se amarra a cabeza de silla y se deja chorrear la reata lo más que se pueda para ir deteniendo al animal apealado, poco a poco. Este ejercicio es muy bueno, pues además de ser harto divertido y difícil aquietta mucho a los caballos, no lastima a los animales que se lazan ni los hace mañosos, y también es muy útil, pues se puede detener un animal y derribarlo para lo que se necesite. Miguel Aceves Galindo sobresalió como apealado. Tiro unos peales muy largos, y con admirable maestría amarro y chorreo hasta la punta. no obstante que usó reatas mas largas que la esperanza pobre.

## CONSEJOS GENERALES PARA LOS LAZADORES

Antes de aventar un lazo hay que tener el propósito definido de lo que se va tirar, sin cambiar de parecer, en el preciso momento de soltar la lazada, porque a no dudarlo, si se vacila, se errará el lazo; por ejemplo: se está remolineando para tirar la mascara, y se avienta peal; sólo por una casualidad se acertará. No siempre los lazos bien tirados llegan a lograrse, pues irradas veces intervienen circunstancias imprevistas que los hacen fallar. Otro tanto ocurre con las demás suertes del jaripeo, por lo que debe de tenerse presente aquello de que también lo bien tirados se aplaude. Nunca se debe lazar con precipitación. La serenidad es la base del buen resultado. Al recoger la reata, siempre hay que empezar a enredarla por la escobetilla. Mientras que el lazador esté esperando que le toque tirar, hará bien en revisar su reata para evitar un accidente, que muy bien puede ocurrir si las vueltas estuvieren encimadas.

Es muy expuesto y desagradable lazar con reata demasidamente nueva, suelta o vaciada, pues se corre el riesgo de llevarse un dedo.

A la cabeza de la silla se le ha de poner la corbata con reata gruesa, porque desde luego se abre un camino que permite después chorrear cualquier reata de igual o menor grosor.

EL LIBRO DEL CHARRO MEXICANO

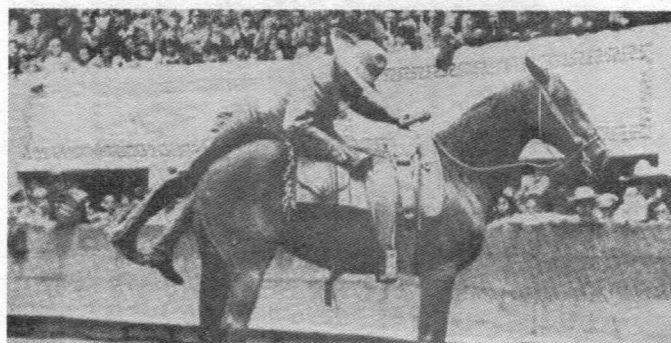
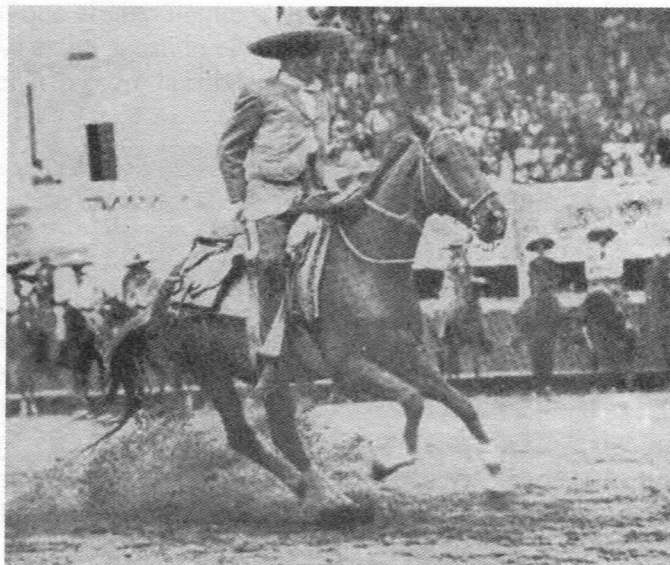
---



Don Ernesto Icaza, de inmortal fama.

# EL LIBRO DEL CHARRO MEXICANO

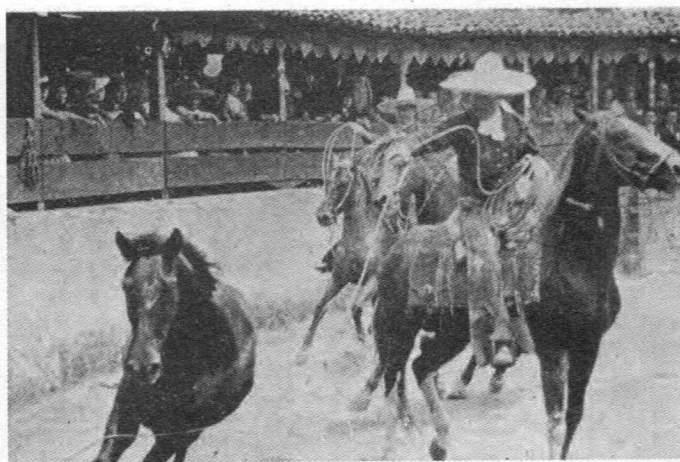
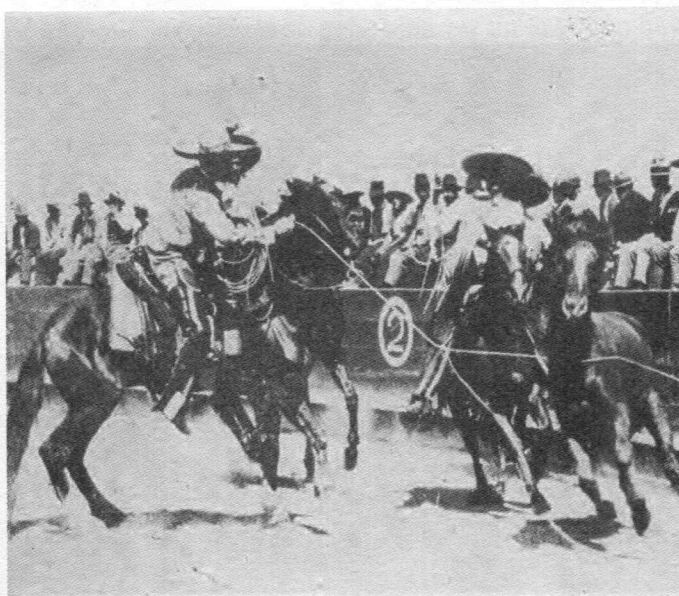
---



Arriba.- El Autor rayando el caballo sin riendas.

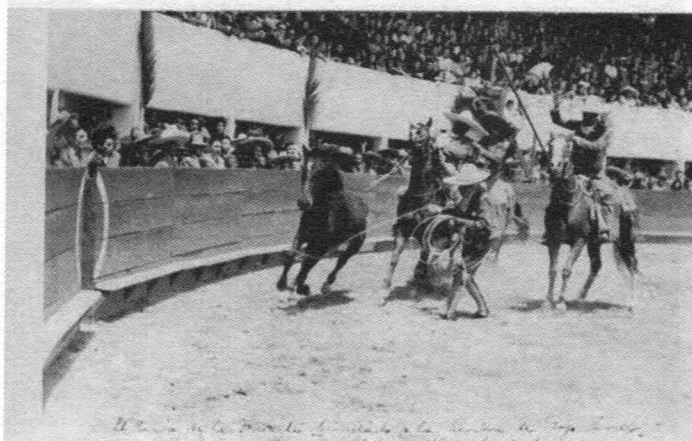
Abajo.- Fin de la cala del caballo.





Arriba.- El Autor, poniendo la mangana de "El Loro"

Abajo.- El Autor, poniendo "La Contracrinolina",  
con lentitud y precisión.



Arriba.- Don Manuel Escandón, D. Eustaquio Escandón, D. José Rubio, D. Pablo Escandón.

Abajo.- El Autor iniciando "Eltirón de la muerte".

La reata delgada, es preferible usarla cuando el fuste está muy degollado y mejor no usarla nunca. Si no se toma esta precaución, una atorada de reata puede ser de fatales consecuencias. En cuanto la cabeza de la silla se gaste, bueno será mandarla rellenar, pues hay que evitar el echar vueltas en cabezas muy degolladas. Nunca debe verse la cabeza de la silla al amarrar. Esta maniobra se ha de hacer indeliberadamente, con soltura, elegancia y con cierta rapidez, según el caso, y guardando siempre la buena postura. La diestra mano, al chorrear la reata, ha de estar inmediatamente arriba de la cabeza de la silla. Nada tan feo y ridículo como un charro inclinado y amarrando con la mano pegada al enreatado derecho o lejos de la cabeza. Salvo casos apremiantes, jamás se debe amarrar un lazo que haya atrapado uno, tres o cuatro remos. Siempre deben amarrarse manos o patas. Claro es que sí, por ejemplo, un toro va cornear a un sujeto, y alguien le avienta un lazo para hacer el quite y atrapa media en vez de mangana o peal, lo amarrará.

El lucimiento del lazador depende, en gran parte, de los que cargan o estiran. Manga-neando tan sólo por gusto, cuando el animal haya recibido el tirón que ha de derribarle, se soltarán inmediatamente las vueltas de la cabeza de la silla, para que al caer, la bestia quede en libertad para mover sus cuatro remos, lo cual aliviará un tanto la caída, y evitará el tirón, que resulta inútil ya caído el animal, y la posibilidad de que la reata se pegue a alguna mano.

La ayuda de algunos charros a pie es indispensable en todo jaripeo, para acortar, rendir, dar una reata que se surta, etc. etc.; al acortar se debe tomar la reata lo más cerca posible del animal caído, y metiendo cadril se sujetará, para que el charro recoja la hebra y se aproxime a amarrar de nuevo cerca del animal. El que acorta procurará que las extremidades sujetas estén al aire, pues ahí es menor el esfuerzo que tiene que hacer en caso de que el bruto intente levantarse. Si fuere peal, estirará hacia atrás, poniéndose en dirección de la cola del animal, de modo que no le pueda alcanzar con las patas; y si fuere mangana, precisamente en la dirección contraria. Para rendir, si se trata de bestia caballar, deberá hacerse estirando al animal de las orejas; y si fuere vacuno, de la cola, pasando en medio de las piernas del mismo animal.

Al lazar un toro de los cuernos, hay que procurar que la reata no le coja las orejas ni los ojos.

Si se tira un toro para despuntarle los cuernos, el charro que le sujeta la cabeza, estando ya el toro tirado, cuidará que quede el lazado de los cuernos, y que con la reata se le ponga un bozal al cuerno que queda arriba, al que una vez despuntado y limado, se le quitará el lazo o bozal; y se volteara el toro a fin de despuntarle el otro cuerno. Para hacerlo, el charro que sujeta las manos de la res, desamarrara y hará saltar su caballo sobre el toro, volviendo a amarrar al llegar al otro lado, para que el toro de la vuelta sobre el lomo y se pueda despuntar el otro, haciendo lo que se hizo para despuntar el primero.

No se soltará al toro hasta que los peatones estén en sitio seguro, pues suele ocurrir que el toro, al levantarse, embiste. Se soltara primero la cabeza; y después los dos charros, el de la mangana y el del peal, se irá alejando al mismo tiempo en direcciones opuestas, chorreando sus reatas para desamarrar y soltar a distancia conveniente; y muy pendiente del toro estarán con sus caballos bien en mano, para escapar caso de que el toro embistiese.

A todo trance, deben evitarse las manganas de poder a poder, que son cuando el animal viene en una dirección, y el charro estira en sentido contrario, pues con ellas el tirón resultará fortísimo, la reata fácilmente se revienta y los animales caen mal, con probabilidades de lastimarse.



Se recomienda que la caballada se manglee de preferencia para adelante, y el ganado vacuno para atrás; y la razón es la siguiente: cuando la caballada está gorda, y por lo mismo pasa muy recio, el charro amarrando de punta, está en mejores condiciones de estirar. Es conveniente manglear para atrás el ganado vacuno, porque suele ser bravo y embestir. En tal caso, el charro, prendiendo su caballo con las espuelas, puede salir evitando ser cogido.

El ejercicio de lazar a caballo es de lo más educativo para las bestias de silla.

Mientras más lejos se tira una mangana o un peal, más lúcida resulta la suerte. Cuando se estira a caballo, hágasele tercio a la silla, inclinando el cuerpo, y cargando su peso sobre el estribo al lado contrario del tirón.

Nunca se servirá el charro de una reata arrollada por otra persona. No se le quitara la vista el animal lazado, pues además del peligro que haya recibido un tirón de través, que puede ser fatal, existe también el de una embestida, si fuere toro bravo el animal lazado.

Si se tiene a un animal de lazado, y se acaba de resistir un tirón o potreón, y llega el momento en que el bruto va a emprender de nuevo la carrera, es prudente desamarrar, recoger las vueltas de la reata que sean necesarias, y volver a amarrar a distancia conveniente para el segundo tirón. Hay que evitar, lo más que se pueda, los tirones para atrás.

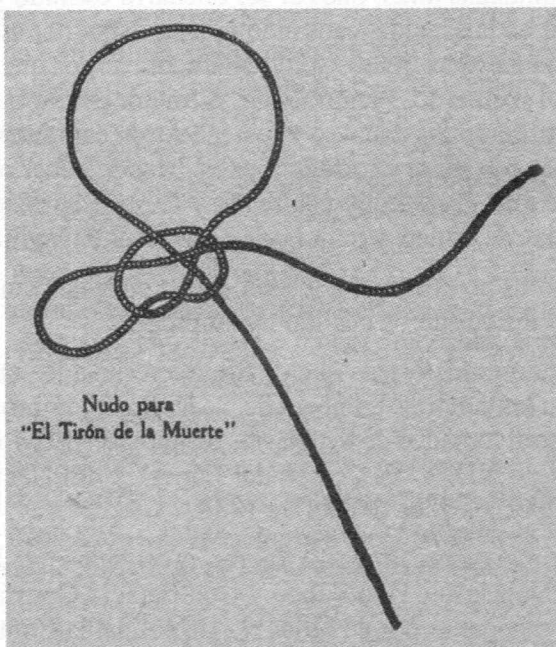
El lazador procurará ocupar siempre el centro del corral o de la plaza, y estirar al animal lazado, y no permitir que el animal lo estire a él; es preferible lazar en círculo a lazar en lienzo, pues en curva los animales resultan menos pesados en el tirón y caen mejor.

Se estira a pie a tierra, a cadril, hincando una rodilla, sentándose y echándose, pasando, la reata por detrás de las asentaderas. En las plazas, y cuando se laza por gusto para lucir en las fiestas, sale bien estirar en pie, dando un tirón a cadril en el preciso momento y aflojando en seguida, pues así ni la reata se chorrea y los animales caen sin que se vea el esfuerzo por parte del lazador. Para estirar a pie, si se trata de atrapar animales del pescuezo, se procurará que quede el lazado lo más cerca posible de la nuca, y si se trata de manglear, claro está que se buscarán las manos; pero en cualquier caso hay que adelantar el lazo lo más que se pueda, y acto continuo, el lazador se aleja un tanto del animal, o lo que es lo mismo, del lienzo para estirar atravesando, y por ningún motivo al hilo. Al estirar a pie, se da el tirón oportunamente y se suelta. Si con la rodilla doblada, se deja la pierna derecha extendida, ya si se recibe el tirón a consecuencia del cual se arrastra al charro un tramo más o menos largo, hasta que el bruto rueda, y el mismo tirón que derriba al animal, levanta al charro, que deja ir a la bestia, si la tumba por gusto o la detiene si se trata de jinetear, curarla, etc. mientras más largos estire, menos fuerte es el tirón.

Cuando las reatas se aflojan y no sirven bien para florear buena ayuda es ponerlas a las hembrillas, o mas bien dicho cerrar las hembrillas con una correa que tenga hebilla y ojetes, lo que se ajusta más o menos cerca de la rozadera, según convenga, quien forma de que la hebilla quede para afuera a fin de que la reata corra sobre la hebilla y no sobre el cuero. Con la hembrilla poco abierta la reata queda útil. También recomiendo que a las reatas se las dé una frotada con "cerote" (cera con brea) pues así se conservan bien y se florea mejor.

*El tirón de la muerte.*- Hay también otra manera de estirar a pie, que si no es útil para trabajar, si resulta emocionante y vistosa en una fiesta en donde se trata de divertirse. El procedimiento es como sigue: el charro empieza por aventar la reata conservando la punta, para arrollarla con las vueltas un tanto grandes, y en su debido orden, hace lazada más bien chica, que tiene con la mano derecha mientras con la izquierda lleva el número de vueltas

correspondientes a unas ocho o nueve brazadas, que son las que se necesitan para estirar bien, y se amarran las dos piernas entre los pies y las pantorrillas con un nudo corredizo (véase el dibujo) y que se desata rápidamente con sólo dar un tirón a la punta sobrante.



Es mucho más fácil ejecutar la suerte amarrándose sólo una pierna, pues así se puede andar, y aun correr y saltar, en tanto que con los dos amarradas, queda uno fijo en el sitio. Amarrado de los dos pies se espera al animal, al que se tira una mangana y en cuanto se ve que ha cuajado, se le van dejando ir las vueltas de la reata hasta llegar casi al fin de ellas. Entonces se suelta la reata, echándose el charro más bien dicho, se sienta y se echa para atrás casi hasta pegar con la espalda en el suelo, para recibir el tirón con la cabeza y la espalda levantadas y la vista fija en el animal lazado. La bestia caerá tras de haber arrastrado al charro una distancia más o menos larga, según la fuerza del animal. En cuanto el bruto se ha caído, se levanta el charro, desatando el nudo deja ir al cerril, que por instinto huye. El efecto que a las gentes causa del charro arrastrado de los pies por una yegua bruta *enchiflonada*, es sensacional. Solamente se llama EL TIRON DE LA MUERTE cuando se estira amarrado de los dos pies. Esta suerte requiere mucha serenidad y una resolución absoluta. Hay que sentarse sin miedo, y en el preciso momento recibir el tirón ya sentado, pues de lo contrario se puede sufrir un golpe mortal. También se llega a estirar a pie amarrado del pescuezo. A esta manera se le llama EL TIRON DEL AHORCADO.

Para ejecutar esta suerte, el charro se laza el pescuezo con la extremidad de la reata que lleva la escobetilla. En la mano izquierda lleva las vueltas de la reata y en la derecha la lazada. Le pone a la cerril la mangana y se echa para atrás estirando con el pescuezo sin ayuda de las manos.

Re comiendo como medio de defensa para el lazador de a pie, que si el animal pasa de derecha a izquierda, esté uno de a caballo, parado, y en remuda muy quieta, inmediatamente antes del lazador, y de cara al lienzo así, el de a caballo protege al de a pie contra un posible caballazo, y a mayor abundamiento le esconde del animal que se va a lazar, lo que hace que pase sin desconfianza, y por lo mismo, sin detenerse. El charro que va a lazar no remolineara

para no llamar la atención de la bestia que viene encajerada. Naturalmente que si la yegua pasa corriendo de izquierda a derecha, entonces el jinete protector quedará a la izquierda del charro que va a lazar a pie. Para ejecutar el tirón de la muerte, hay que evitar llevar las chaparreras abrochadas o anudadas atrás, pues al ser el charro estirado y arrastrado, la hebilla o el nudo se puede encajar en la espalda, causando mucho daño; por evitar ese perjuicio, les he mandado poner a mis chaparreras tientos suficientemente largos que se cruzan por atrás y se anudan a un lado, por el izquierdo. Para trabajar, es mejor estirar a pie con cabestro grueso que con reata, pues el tirón es más suave, y los cabestros capitanes propios para lazar son muy más gruesos que las reatas, se chorrean menos. Mande hacer un cabestro de ocho brazadas de largo, bastante más grueso que una reata, y la parte correspondiente a la lazada de reata, y el resto, de cerdas de crines, y para lazar a pie resulté magnífico.

Los buenos lazadores no lastiman a los animales, pues tantean los tirones y las bestias caen suavemente, como los cirqueros cuando la volteretas.

*In memoriam.*- Apuntes históricos que de fijo interesan a los charros, mis compañeros, ya que se relacionan con las célebres hombres de a caballo, miembros de la familia González Aragón. Estos datos fueron tomados de los diarios de antaño: "El Monitor Republicano", "El Partido Liberal", "El Siglo XIX", "El Correo del Lunes" y "El Nacional", que salieron a la luz, en esta capital, allá por los años de 1887 y 1888.

Las tres primeras manganas floreadas fueron inventadas por los fundadores de la artística era del "floreo": Don Jesús, Don Felipe y Don Ignacio González Aragón, quienes denominaron a las dichas manganas por su orden: la Crinolina, la Contracrinolina y la Caricia. Las subsecuentes "flores" fueron creadas por Don Manuel y por Don Lamberto del mismo apellido, primos hermanos de los anteriores, y sus aprovechados discípulos, quedando el nunca bien ponderado Don Manuel, reconocido como El Maestro por excelencia en el difícil arte de lazar "*floreando*" ejercicio que chorrea elegancia y habilidad, sin que ni el lazador ni la bestia se maltraten en lo mas mínimo.

Como dato curioso asentare que antes de que los inmortales charros González Aragón nos transmitieran el "floreo" cuando se manganeaba y se apealaba, a puerta del corral, con reatas cortas, y *a la vieja*, amarrando en aquellos fustes cabezones, raro era el lazador a quién no le faltara uno o más de dos; pero desde que se hacen las filigranas con la reatas delgadas alambreaditas, echando vueltas en los fustes que nombramos *Zaldívar* en recuerdo de Don Juan de aquel apellido, que los hizo de moda, pero que fueron invención de Don Ernesto Icaza, el clásico charro y pintor de los famosos cuadros vaquerizos, tan conocidos y admirados por nuestros caballistas, es raro encontrar un lazador mutilado. Los notables lazadores de hogaño, Miguel Aceves Galindo, los Becerril, Pepe Velázquez, Pablo, Magdaleno y Rafael Ramos, Paco Aparicio, etc., conservan todos sus dedos, o por lo menos los conservaban la última vez que les vi, y vaya si han corbateado fustes, y chorreado brazadas de pita; pero ellos adelantan sus manganas y las estiran muy largas, con una calma y maestría admirable, dando por resultado que el peligro se reduce a su mínimo, y que las bestias caen sin lastimarse. Las reatas que se usan hoy en día son de unas catorce brazadas; y con frecuencia se ve alguno de esos reyes de la mangana amarrar con la punta de la hebra, disponiendo así de bastante tiempo para echar vueltas con toda circunspección. De esta manera desaparece, por consiguiente, todo el peligro de llevarse los dedos.

Don Manuel González Aragón fue hijo de Don Ignacio. Vio la luz del día en la Hacienda de San José Acolma; Don Lamberto hijo de Don Jesús, nació en esta capital. Practicaron,



a feliz ventura, en la Hacienda de San Pedro de las Vaquerías, propiedad, en aquél entonces, de mi tío abuelo Don Manuel Romero de Terreros y Villar Villamil.

Durante los años de 1887 y 1888, Don Manuel se asoció con Don Alfonso Lambato y Prado, caballero rico, a la vez que charro de cierta fama, y dieron muchos jaripeos en las plazas de toros de Colón, de San Rafael, del Huizachal, de El Paseo, de El Coliseo; en el Lienzo del Niño Perdido, hoy Rancho de la Testamentaria Serrano, en el Lienzo de Juan Corona, en la Calzada de la Viga, así como en diversos puntos de la República, luciendo siempre y también fueron aclamados en Madrid, en Barcelona, en Sevilla, en Zaragoza, en Francia, en los Estados Unidos del Norte, en las repúblicas de Guatemala, de San Salvador, de Honduras, en la Argentina, en Chile y en Cuba.

Se hace mención especial de un jaripeo dado en la plaza de San Rafael, el gran matador de toros don Luis Mazzantini, en el cual los primeros González Aragón hicieron, al travesear, derroche de maestría y de elegancia sin precedente. Sus caballos fueron siempre muy codiciados, destacándose entre ellos El Coral y El Pinacate; el primero de la silla de Don Manuel, y el segundo de la de Don Lamberto, cuacos que, como sus amos, han dejado tras de sí un recuerdo imprecioso de sus imponderables hazañas.

Los trajes de esos charros, así como sus sillas y sus sombreros, fueron modelo de sencillez, propiedad y buen gusto. Jamás, en aquellos tiempos, se usaron los claveles, ni las violetas ni los nomeolvides bordados con seda, ni se veían calendarios aztecas, ni cabezas de indios en las blusas y chaquetas, como por males de mis pecados y de los ajenos con harta frecuencia se ven hoy en día. Don Manuel y Don Lamberto no sólo sobresalieron lazando, sino también como coleadores clásicos, como conocedores de caballos y como arrendadores y educadores de estos. Se rodearon de un selecto grupo de sus amigos y de sus aventajados discípulos, entre los que se recuerdan a Don Ernesto Icaza, a Don Juan Zaldívar, a Don Rafael Bernal, a Don Manuel, a Don Agustín, a Don Salvador y a Don Juan Morales, a Don Francisco Vélez hijo, a Don Luis Rivas Mercado, a Don Amado Obregón, a Don Antonio Pliego Pérez, a Don Cayetano Pliego, a Don Wenceslao Rubio, al General Caraballeda, a Don Pepe y a Don Manuel González, de Tepeyahualco, a Juan Velázquez, padre de Pepe, quien actualmente brilla en el mundo charro, a Don Leopoldo y a Sebastián Monroy, a Agustín, a Carlos y a Ramón Espinosa y otros muchos que formaron un simpático grupo de atrevidos y apersonados charros, quienes mantuvieron la equitación mexicana a gran altura. Rindo a la memoria de aquellos González Aragón este tributo, reconociendo que a Don Manuel y a Don Lamberto les corresponde por derecho, el honroso título de LOS CHARROS INMORTALES.

Don Manuel murió, digo mal, desapareció, pues vive en la memoria de todos nosotros, los del gremio. Don Lamberto existe aun; y en sus añoranzas alimenta los años con dulces recuerdos de aquellos tiempos charros de verdad.

## COLEAR

En el sentido charro de la palabra es derribar a una res, o a una bestia caballar, en plena carrera, tirándola del rabo. La suerte se efectúa corriendo paralelos el caballo y el animal que se va a colear, ya sea al lado de un muro, que se llama lienzo y también corredero, o en campo abierto, o en plaza de toros.

Esta suerte, perfectamente ejecutada, es harto difícil, y la prueba de ello es que coleadores elegantes y clásicos, son contados. En este ejercicio los caballeros han sobrepujado siempre a los profesionales. La mejor manera de cortar los toros y encajarlos, para colear, es sirviéndose de una garrocha que se compone de vara de otate con punta metálica de tres hilos, en uno de sus extremos un botón a cinco centímetros de dicha punta. El tal botón sirve para evitar que la punta entre mas de lo debido en cuero de la res. La parte metálica va encajada en la vara; el pincho de hierro se llama chuzo. Mide veinte centímetros. En lo bajo del chuzo va un botón que suele ser *chomiteado* en colores; y de él cuelgan tiras de cuero que miden de largo unos cincuenta centímetros, y sirven de adorno. La garrocha con chuzo y todo mide dos metros de largo. Yo clasifico a los caballos coleadores en tres categorías, a saber: -I. Los caballos que hacen al charro colear, -II. Los caballos a quienes el charro hace colear, y III. Los caballos que no dejan al charro colear. Los caballos pertenecientes a la primera clase, rarísimos por cierto, son aquellos que tienen una disposición natural para colear, que se pegan lo necesario, que no se endurecen ni se abren, sino hasta que el colector ha amarrado bien, y en suma, que le facilitan la ejecución de la suerte al charro que los monta. Los pertenecientes a la segunda, son los que obedecen, pero a quienes hay que obligar, y que se aprovechan de cualquier cosa para evitar que el charro colee. Los pertenecientes a la tercera son los que detestan la coleada, que bronquean en el partidero, que no se logra que se peguen, que se abren antes de tiempo; y en suma, que impiden al charro colear.

A mi entender, el modelo ejemplar de perfección del caballo colector, sería un cuaco de cuarto de milla y de un metro cuarenta y cinco centímetros de alzada de la cruz al suelo, siempre que estuviera debidamente educado. En los coleadores debe darse el primer lugar al colector de mas respeto, al maestro, al veterano, héroe de muchas traveseadas; y una galantería de nombre de a caballo es, para cualquier colector bueno, salir del corral de encierro tras del toro, con la cola en la mano y en fuerza de carrera dársela al maestro, quien dando gracias, la toma, arciona y amarra. Recuerdo que allá en mis primeros años de colector, cuando corríamos en el lienzo de San Carlos, en la Hacienda de Ciénega de Mata, el primer toro se lo lleva mi ilustre e inolvidable padre, que santa gloria haya: pero no sin que El Chato Espinosa, de feliz recordación, saliera con la cola del toro en la mano, gritándole con todo respeto, a mi padre: "En el nombre de Dios, aquí está la cola, Su Señoría", y el señor mi padre, que Dios tenga en su gloria, al tomar la cola en plena carrera, le contestaba a aquél charrazo: "Gracias Agustín, a tu salud". Entonces levantaba la pierna, arcionaba, amarraba bajo, abría su remuda y tumbaba. Yo abriendo tamaños ojos aplaudía a más no poder, pues aquello me parecía de perlas. ¡Que tiempos los de entonces!

## COLEAR EN LIENZO O CORREDERO

El charro que vaya a colear no ha de llevar pantalones con botonaduras, porque las cerdas de la cola se enredan en los botones, y además, suelen lastimar la mano. Debe usar pantalones lisos y mejor chaparreras, sin las que charro, en verdad no debe travesear; las espuelas serán coleadoras, o lo que es lo mismo, de casquillejos cortos y de seis espigas pequeñas, filosas y puntiagudas. El barboquejo, que debe ser de gamuza, se ha de llevar calado en la barba y no en la garganta; requisito indispensable para no perder el sombrero durante la carrera.<sup>5</sup>

<sup>5</sup> Suárez Peralta (1580) dice: "Soy de opinion más cortos que largos ( los estribos), por tres razones: la una, porque yendo cortos, va más galán y más recio, porque si está un hombre en pie, más señor es de si, que no sentado, y se puede levantar sobre los estribos y hacer cualquier cosa más bien hecha que yendo largo, y soy de parecer, y es así, que si dos hombres de a caballo fuesen parejos, y el uno fuese largo y el otro corto, daría la ventaja al que fuese corto, como no sea

Las arciones se usan más bien cortas, porque no se puede colear bien con arciones largas. Para ajustar el largo de las arciones, tómease la medida que los sastres llaman de entrepierna o de tiro, que es estando el charro en pie con las piernas un poco abiertas, de la entrepierna al suelo, siguiendo la línea de la pierna. Esa misma medida deben tener las arciones, tomándola desde la costura de la mantilla o sudadero del caballo ensillado (costura que se encuentra sobre la espina dorsal del bruto y en medio de las tablas del fuste), hasta el piso del estribo.

Al entrar el coleador al lienzo, lo paseará todo porque en él pudiese haber algún engaño o para cerciorarse de que no hay agujeros o piedras, ni cosa que pueda ser motivo de una desgracia. En seguida, le dará su caballo una carrera de todo el largo del lienzo sin darle de la cuarta, en la dirección en que ha de correr después. Esto se hace para que conozca la pista. Luego pasará al corral de encierro a revisar el ganado y ver los toros que tengan buenas colas, los que estén rabones, ver si tienen espinas en las cerdas; los de hartas libras, los de muchos pies, etc., pues de no tomarse tal precaución, ocurren con frecuencia que el coleador pasa molestos asombros cuando va encajorado. Por ejemplo, el charro le parte a un toro, sin saber si éste tiene buena cola o no; se agacha, coge el rabo, y cuando llega a las cerdas, suponiendo las largas y abundantes, quien estira; y se encuentra con que están muy escasas; se le resbalan y no derriba. También ocurre que al ir a amarrar, el charro siente que las cerdas están llenas de espinas, que le lastima la mano; y al querer jalar, no lo puede hacer, porque los pinchos lo obligan a soltar la cola. Un buen charro toma todo género de precauciones antes de lanzarse. El coleador se coloca en la salida del corral de encierro inmediatamente afuera, en el caso de que la puerta sea angosta; pero si fuere suficientemente ancha, de dos metros ochenta centímetros, como debe ser, entonces el coleador se puede colocar bien adentro del corral, para salir con el toro. Esto resulta muy ventajoso; y más aun si al lado estuviere un hombre de a caballo, bien montado, que le haga sombra al correr. Hacer sombra o lado es correr paralelo al toro, de tal manera que la cabeza de la res vaya a la altura de la pierna del jinete para que el toro no se atravesase, y corra perfectamente derecho; y cuando el coleador amarra, el que va haciendo sombra o lado se abre rápidamente para no estorbar. Sólo ayudará en esta forma quien sepa hacerle lado perfectamente, pues de lo contrario estorbará. El charro estará listo para colear con su caballo bien preparado, y llevando la silla suficientemente apretada. Usará chaparreras, y si acaso, unos cuantos botones desabrochados en la parte donde la pierna se dobla, para así tener mayor soltura. En la siniestra mano, llevara la rienda, y si el caballo lo requiere, también la cuarta, esta colgando del dedo de en medio de la misma mano. Siempre que se vaya a colear, se le quitará al caballo el gargantón o cabestro, pues de no hacerlo así hay peligro de que el charro, al arcionar, enganche la espuela en el gargantón, lo que puede acarrear penosas consecuencias.

Si el caballo lleva dos riendas, habrá que tomar las dos, pues si se deja colgando la falsa, el jinete al arcionar, tal vez atore con la espuela en ella. Para no llevar la falsa en la mano, y al mismo tiempo impedir que estorbe, se tuerce en la rienda, y así no se desprende de ella, ni cuelga. Tampoco es bueno colear en caballo que lleva rienda limpia, pues si se revierta un cabestrillo, si se atora este en uno de los chapetones de la cabezada, o en el gancho de la barbada, el jinete se encuentra harto embarazado. Por lo mismo, es de recomendarse que siempre se use en el caballo, jáqima con ronزال, o cuando menos bozal; y que en este último caso, el cabestro lazando la cabeza del caballo, pase la lazada por la nuca, entre las orejas; y el sobrante por dentro del bozal, y vaya a terminar amarrado a los tientos delanteros del lado

---

demasiado que es muy feo que largo". En la segunda parte del libro del mismo autor o sea "Tratado de la Brida", se lee: "Los estribosno han de ir largos, sino cortos, y de los dos extremos pareceme mejor corto que largo: pero no sea demasiado, por ir fijo y más galán.